

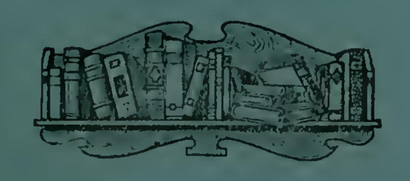
BOLETIN

DE LA

BIBLIOTECA NACIONAL

DIRECTOR:

RAFAEL AREVALO MARTINEZ



NUMERO 13

CIUDAD DE GUATEMALA

ABRIL DE 1935



SUMARIO:



NOTA

Uno de los principales objetos de esta publicación—si no el más importante—es el de dar a conocer la Bibliografía Centroamericana. Mucho agradecemos la colaboración que en este sentido nos han dado, para el presente número, distinguidos escritores. Para lo futuro esperamos que nuestro *Boletín* se depure y se enriquezca, contando para ello con la ayuda generosa que nos han ofrecido notables hombres de letras y los miembros de la Comisión Técnica Bibliográfica.

F3871-6c-1-35

IMPRESO EN LA TIPOGRAFIA NACIONAL. ——— GUATEMALA, CENTRO - AMERICA

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Director: RAFAEL AREVALO MARTINEZ

AÑO IV | Ciudad de Guatemala, abril de 1935 | NUM. 13

Mensajes al Viento

Algo sobre CHOCANO

Por José Rodríguez Cerna

Un hronco puñal plebeyo asesinó la vida magnífica de José Santos Chocano, dejando así huérfano el cetro de la poesía americana en cuanto ella significa autoctonismo en la vida, el paisaje, la leyenda y la historia de nuestro continente.

Antaño dijímos de él que era como una fuerza de la naturaleza. Tal poema cae, en efecto, con el ímpetu de una catarata; tal otro se envuelve en los furiosos esplendores de la selva tropical; este se eleva con la asaltante grandeza de una cúspide andina; y aquel deja miniados amores de virreyes, espadines de centelleo, pelucas en que agoniza una fragancia y galanterías que se deslizan calzadas de terciopelo. Titanismo y suavidad. Porque él era «una mitad de América y otra mitad de España» y de no ser lo que era, habría sido «un blanco aventurero o un indio emperador». Con lo cual se sitúa y se define.

Robusto el bíceps y la voz a dúo con el trueno; enceguecíéndose y enceguecíéndonos con el relampagueo de sus metáforas en tropel, que hacen pensar en un violento galopar de mastodontes en la virginidad del mundo. Atropellando linfas, humillando cumbres, quebrando bosques, se asoma violentamente al claro de la poesía con el ímpetu animal de un toro joven. Le fueron negados primordialmente los dones de la gracia, el matiz, la insinuación que abre tantas perspectivas sobre lo desconocido que está en las cosas y en nosotros; el tono menor en que palpitan recónditas lunas y silencios extáticos. No acaricia el bastón de marfil, sino que empuña la clava hercúlea. Su torre de cristal es de granito, si bien exornada por furtiva gracia de enredaderas—aun en sus galanteos, en los momentos mismos en que sus manos de roble sacrifican una paloma o se hacen ducales para ofrecer una orquídea. Ello, por más que desde la altura de su autocratismo lírico dejara caer este disco de bronce: «En mi arte caben todas las escuelas, como en un rayo de sol todos los colores». Los colores violentos, desde luego: los fundamentales, que él hacía irradiantes aunque los dulcificara, porque nació untado de selva y signado de tempestad.

Lo épico que pudiera apreciarse en toda lírica, nació con Chocano mismo, todo vibración exaltada, desmelenado en los más resonantes tambores y tumultuosas trompetas. La estatura le crece con la inspiración, por manera tal, que más que un hombre semeja una montaña megafónica de truenos, azotada de coléricos ríos, llena de la pánica grandeza de los bosques augustos. Recordemos su obra primigenia «Iras Santas», que dió con su juventud en la cárcel y por cuyas arterías de veinte años corre—con las diferenciaciones del caso—la sangre roja con que «Los Castigos» lacraron de infamia a Napoleón III. Suavizado después por los sedantes campesinos, se acerca con «En la aldea», su segundo volumen, a la tierra, de la que anteicamente absorbió el humus y succionó la savia poderosa. Allí está germinante y potencial cuanto fué después, hasta llegar a las culminaciones de «Alma-América» y «Oro de Indias», que es, este último, el testamento editorial del poeta, dueño ya con señorío absoluto de los secretos y depuraciones de la técnica.

Exúbero, tronitonante, llegando a veces, como en «El Derrumbamiento» al agobio multimillonario de imágenes estruendosas (tal un furor torrencial saltando diques, inundando llanuras y cubriendo montes) sabe encontrar, merced a sus lecturas, al equilibrio del buen gusto y al dominio cada vez mayor

de sí mismo, inesperados acentos de clásica serenidad—en la forma, al menos—(La vejez anacreóntica, La vejez virgiliana...) contenidos en el volumen «Poemas Salvajes» y muy extrañados seguramente de encontrarse bajo la advocación de título semejante. Amo del más numeroso y robusto endecasílabo que se haya escrito en América (¿qué valen ante él los trabajosos y fríos de don Andrés Bello?) maneja las cuadrigas con ágil mano y docta maestría y sin que se adviertan los aceites de Minerva, ni nunca el esfuerzo asmático de la creación, que para él fué siempre, no el resultado de nicotínicas vigilias, sino la consecuencia misma de su vitalidad inagotable.

Nosotros, antiguos amigos suyos (y en ese cordialísimo concepto escribimos) recordamos a este respecto cómo en una tarde le vimos escribir, sin la corrección de una sola palabra, dos de los mejores sonetos de Alma-América. Tal facilidad milagrosa, que le aproxima al prodigio de Lope, es sin perjuicio de la aristocracia artística, de la sostenida dignidad del verso (en el que algo innovó: léase, por ejemplo, «El nuevo dodecasílabo»); de la irrestricta originalidad y de la amplitud cada vez mayor de los horizontes, que en escalonadas conquistas vienen desde el ambicioso y panteísta «Canto del Siglo», en el que en medio de una bizarra revista de filosofía y progreso material, hay hallazgos sorprendentes, como el que define la acción napoleónica en dos versos:

«...que pudo ser la libertad su esposa
y sólo llegó a ser su concubina...»

...Vienen, decíamos, desde ese ambicioso Canto hasta las áureas playas de «La Evanteleida» en la cual, desde las cumbres de la Tentación, Jesús ve la ofrenda de los imperios fabulosos de América, rútilos en infinitudes de grandiosidad. Aquí el gran poeta da a su verso, maravillosamente fácil y de pulpa de seda y ceñido al tema como una cota de oro al cuerpo de un príncipe, la suavidad emotiva que le presta la nazarénica evocación—y demuestra el fondo cristiano que conservó siempre, a pesar de sus fruiciones paganas, de sus olfateos de centauro, que respondían mejor a su anhelo de vida resplandeciente. Gustó él más de la lucha y del triunfo de la Voluntad que del sacrificio y de esa resignación con la cual los suspiros de niño de Nervo se van adormeciendo en la bondad divina.

Todo es en él tumulto, batalla, zarpa de león o salto de jaguar. Todo, aun cuando recuerde con orfébrica delicadeza el pasado incaico o virreinal, hacia el cual vuelve los ojos y el espíritu para escapar acaso de las miserables ruindades de la edad presente. Y, sin embargo, esta edad le interesa enormemente, porque en el fragor de sus combates halla manantiales directos de inspiración, que responden a su propio sentido patético de las cosas y de los hombres. Chocano es algo socializante y se preocupa por los altos problemas continentales, indicando en sus cantos o en sus estudios, medidas para su resolución, e integrando así su personalidad de paisajista y evocador en un resumen de aspectos y de visiones que le autorizan para auto-llamarse «el poeta de América», compartiendo con Whitmann el imperio de la lírica continental: «Walt Whitmann tiene el norte, pero yo tengo el sur».

Aparte los avizoreos del porvenir—que él coloca en la cuenca amazónica, el arte de Chocano, lo más característico de su temperamento, está en la vibración americana y en el secreto de animar la naturaleza con una vida de plasticidad en movimiento. El lago es así «una serpiente que se enrosca», la guacamaya se mira «como a través de un prisma» y la retorcida desesperación de los Andes deja caer «la silenciosa lágrima de un río». Vibran los millones de voces del Tequendama, ante el cual Chocano se eleva a una estratósfera que no conoció el mismo Heredia, tal la sabiduría del metro, que adquiere la rápida elasticidad de las olas, el arte exquisito que hace pasar la masa de aguas como por una sortija y la pompa sultanesca de las imágenes audaces y bellas. Vuelan cóndores, dejando caer boas que después se convierten en ríos, y la puna ofrece bienvenida de nieve a los que encorvaron su bochorno bajo el igneo látigo de Panamá. Y son también, todo personificado y escultu-rizado, las grandes ciudades indo-españolas, los cuadros peninsulares, la piña, el zenzontle, el pantano, las sensaciones de olor y de color de la selva y el inexplicable encanto de las voces femeninas encantadas de véspero que se oyen a la entrada de la noche en los caminos de nuestra América.

Se le ha negado subjetividad. El es, en efecto, hombre de sensaciones directas, que capta modificando la esencia directa en las imaginativas alquimias. Recoge y plasma cuanto hiere sus inmediatos órganos sensoriales. Su temperamento de escultor y de colorista le hacen un poeta objetivo, sin que por su condición llameante pudiera llegar nunca a las nieves parnasianas. Objetivo por su propia condición y porque esa calidad era precisamente la que le estaba reclamando y pedía la enérgica grandiosidad de la vida americana. No llega él en callada voz o en lengua ardiente a nuestro corazón. A las grandes flores monstruosas les falta el aroma íntimo. Quisiéramos dar todo nuestro pensamiento, que apenas balbucea, diciendo que es un poeta exterior e inaudito personificador de las formas y coloridos del ambiente. Lleno de pompa, de colosalismo, de orgullo y de majestad. Musset está lejos. Es la naturaleza continental hecha poeta, y la que él a su vez convirtió en la más autóctona poesía. Con todo, un oído atento puede percibir cosas de confidencia, insospechadas ternuras, arrullos columbinos en la garganta del león. Leed sus Nocturnos, sobre

todo, el del regreso al hogar, en el que hay una emoción inefable y una humedad de rocíos infantiles.

Como un niño fué siempre. Lo es por ejemplo, hasta en tales pasajes de su obra, en los que mezcla abalorios a sus diamantes. Y ello en medio de una vida fantástica, aventurera, galopante a través de inéditos mundos, catador infatigable de las más disímiles sensaciones... Como un niño siempre, a pesar de la presencia y el empaque, con algo cesáreo y brummelesco, pues mantuvo siempre, entre sus infinitas andanzas, el sello distintivo de una perfecta aristocracia personal. Su mismo paso lento, como de hombre distanciado del vano tumulto circundante—se afirmaba lleno de una meditativa gravedad. Su auténtico orgullo ¿no era a las veces una abstracción o un alejamiento?

Se le creía dueño de una enorme egolatría. Nuestra quisquillosidad aldeana no toleraba la superioridad indiscutible de quien sabía imponerla desdeñosamente. Su mérito era intolerable para los poetillas pululantes incapaces de perdonar un deslumbramiento; pero su encogimiento de hombros se hacía francamente odioso. Y nadie, sin embargo, de intimidad más afectuosa y cordial. Ninguno tuvo nunca más listos la bolsa pródiga y el fraternal consejo generoso. Como un niño... Por la bondad providente, por su prontitud alerta para la prestación de servicios, por abrir de par en par—menos para los imbéciles—las puertas de su casa y de su corazón. Mejor dicho, ni su casa ni su corazón tuvieron puertas nunca. Era un alma a la intemperie. Como los frutos de providentes cosechas, como el aire, como el agua de las fontanas, se dió interminablemente. Más que para si vivía para los demás. La generosidad le saltaba de las manos.

Ingenuo, un gran ingenuo, a pesar de sus estruendos de Júpiter Capitolino desde un inaccesible Olimpo. Por ello fué al fracaso económico y político, y aun pudiera decirse que el triunfo total que fué buscando siempre, siempre se le fué de las manos, como el horizonte a los niños. Poeta desde que nació, poeta de todos los instantes, él se creía en el fondo y más que todo, un hombre de profunda versación en finanzas, en la banca, en la diplomacia, en economía política en general. (¿No estimaba más Rossini sus talentos de cocinero que su genio de artista?) Aquí defendió con espada y ametralladoras un empréstito exterior en el que estaba lícitamente interesado. Al gran poeta se le convertían las estrellas en guarismos y sudaba intereses, bonos y cotizaciones por todos los poros de su pluma. Se exaltaba, se encarnizaba; los tantos por ciento no tuvieron secretos para él. Trataba de fundar empresas, de explotar minas, de establecer industrias, de construir ferrocarriles. Todo en grande, todo bajo los signos de lo vasto y trascendental. Y la única vez que acertó—la búsqueda del tesoro que efectivamente, según el cable, acaba de encontrarse en Santiago de Chile—fué para que lo apuñalearon por la espalda. Su mano se crispó moribunda sobre la ironía de las invisibles monedas de oro.

También el torbellino que fué su vida lo llevó, con infausto suceso, a la nefasta política criolla del convulsivo continente. Es notable que en estas caballerías a que le condujo su ebullición inquieta, no alcanzó sino estacazos y disgustos, poco dinero y un repetido peligro de perder la vida. En México fué llamado el verbo de la Revolución (por una conferencia en La Habana, efectivamente, Washington no reconoció a Huerta) en los días de hornaza de don Venustiano Carranza, cuando el barbado jefe alzó bandera de dignidad contra el monstruoso Huerta. Cabalgó al lado de Francisco Villa, con el cual, como ninguno, tuvo nunca segura la existencia. Entre nosotros, entre los guatemaltecos, fué notoria su amistad con don Manuel Estrada Cabrera, jurídico, untuoso y suspicaz. De él no obtuvo nada, como no fuera la honra de serle fiel, cuando muchos antiguos favorecidos lo abandonaban, y el haber sido preso y condenado a muerte por estar con el anciano imperante en la agonía de la dictadura. Hubo entonces absurdas y abominables leyendas contra el poeta, que no obtuvo dineros nacionales y al que salvó del patíbulo la intervención de «un Pontífice, un rey, tres congresos legislativos y diez presidentes de república», según él mismo escribiera después orgullosamente. Vuelto a nuestro país cuando aun estaba fresco el odio, tuvo la audacia de dar un recital público en el teatro «Europeo». Había ambiente hostil, y nosotros mismos, que lo acompañamos entonces, tratábamos de disuadirlo del intento. El poeta sonreía: estaba seguro de sí mismo, de su poder de hipnotización. Chocano apareció en el escenario con tan magnífica seguridad, apartando con tan imperioso gesto las pequeñas intrigas, que la sala, colmada de espectadores, se llenó de un silencio equivalente a un inmenso aplauso. Las admirables poesías hicieron después el milagro de las ovaciones.

Fué amigo de Leguía, personal, no político, como el poeta advirtió oportunamente. La patria peruana coronó a su poeta nacional (no podían olvidarse La Epopeya del Morro, de llama y hierro, ni la gloria insigne). Vino la muerte de Elmore, en la más legítima de las defensas por parte de la ofendida virilidad de Chocano—y luego el duelo consecuencial, en el que, libre ya de la cárcel, mató de un certero balazo a su contrincante, co-propietario del limeño diario «El Comercio». La vida se le hizo imposible en el Perú, y fué a Chile, en donde, a pesar de haber sido un ardiente reivindicacionista de Tacna y Arica (campaña que originó la discusión con el derrotista Vasconcelos y por la cual la agresión de Elmore), fué recibido cual convenía al imperátor del verso. En cambio, el Perú ha negado la repatriación de los restos de quien es su más alta gloria literaria. La nación, el Estado, mejor

dicho, no ha sido digno de si mismo, afrentando con absurdos rencores la majestad del poeta y de la muerte.

Fracasado o triunfador en sus estruendosas empresas, Chocano fué siempre fiel a su ideología antidemocrática y a su convicción artística, y nunca a su interés personal. Lo que vale decir que jamás contradijo su esencia, desenvuelta sin vacilaciones y sin miedo a través de su vida. En un terceto de la poesía en que da el espaldarazo a nuestro preclaro Rafael Arévalo Martínez, escribe:

«...*porque nunca he mentido:*
yo siempre escribo un verso después que lo he (*vivido.*»

Esa sinceridad altiva, ese afán noble de darse tal cual era sin importarle las consecuencias en su bien probada hombría, estuvo a punto de llevarlo a un duelo con un militar-periodista guatemalteco, a propósito de un tema que más que todo se prestaba a los risueños comentarios del ridículo: una encuesta de la fenecida «La República» sobre la mujer soñada—tema cursi que a falta de otros, apasionó la opinión pública de su tiempo. Chocano se metió en él de cabeza, distribuyendo violentos palos de comentario a los concursantes. Porque el poeta hasta en esas naderías llegaba al ímpetu y al apasionamiento. Arremolinó comentarios y se ganó perdurables odios. Que hasta en eso le persiguieron hados enemigos, y aun en todo, desde el memorable proceso por estafa en España del que resultó inocente, como era natural y que valió a las letras un admirable soneto a don Miguel de Cervantes Saavedra.

Notoria fué su afición golosa y pagana por la «celeste» carne de la mujer: sólo insinuamos el hecho, por naturales respetos. El ciego amor le marcó con sus más bellos signos y detrás del poeta fué quedando una larga estela de añoranzas y suspiros. Amorosas Sulamitas ofrecieron leche y miel bajo su lengua al paso de este incontenible Salomón, enamorado y potente como el rey de Jerusalén.

Vamos a recordar un caso de íntimo anecdotario, que le inspiró un pequeño madrigal, escrito ante nosotros en la brevedad relámpago de unos cuantos minutos, en una mesa cualquiera de redacción. Llevamos al poeta a un hogar tradicional capitalino, a requirimiento de una primorasa muchacha quinceañera de abrileña belleza y embrujo de simpatía. (Ella murió hace tiempo: vive con nosotros en la carne más pura del recuerdo.) Estaba como fascinada por el prestigio del poeta, al que se figuraba inocentemente algo así como vestido de oro, al modo de un argiráspido romano. La personalidad del cóndor, llegado entonces aquí por primera vez, dueño de una juventud gallarda y príncipe ya en las más líricas regiones, cautivó a la niña gentil, que sufrió el hechizo del peregrino apasionado. En alguna propicia ocasión, el poeta se acercó a la reja de la bella, en busca de un idílico florecer.

En nuestro ya derruido Teatro Colón daba funciones una compañía de ópera italiana—verdadero acontecimiento para el soñoliento aldeanismo de aquellos días. Nuestra amiga (¿nos estará leyendo con sus sagrados ojos de muerta?) le indicó que tal noche iría a un palco, y Chocano se apresuró a comprar un vecino asiento de platea. Estaba feliz por aquella cita tácita e inocente y llegó al diario «La República», ya mencionado, como una exhalación (¡Oh recuerdos que levantan sus manos puras!) pidió cuartillas y le improvisó, ya lo dijimos, unas galanterías de abanico, juguetería verbal y nimia después de todo, cual convenía a la ocasión. Los sabemos de memoria ¡todavía! y sólo queremos recordar, en resurrección de una lejanía rosa, la siguiente quintilla, que con alguna variante y ocasión distinta conservó Chocano en alguna poesía de su Oro de Indias:

«*Si es justo que en palco estés*
yo en platea quiero estar,
para engreírme después
solamente con pensar
que me has tenido a tus pies.»

Deliciosa puerilidad, semejante a tántas otras que el poeta dejaría a los pies de Venus Cipria. Ella da, por lo menos, una luz más sobre su carácter francamente ingenuo (lo reiteramos) a pesar de sus preocupaciones y estudios de siempre y en especial de última hora. Ella dice en parte del hombre fundamentalmente bueno, a pesar de las infamias con que ha querido manchársele y que nosotros ni siquiera tomamos en cuenta, porque aunque fuesen ciertas le tendimos y nos tendió mano de amistad y porque multi-reiteramos nuestro criterio: el de que la ética personal y tradicional nada tiene que ver con el artista y que lo que importa en suma es la creación en sí misma y no tal o cual maculación del creador.

Si los fariseos piensan lo contrario, si los pudibundos sostienen otra cosa, entonces que se borre la obra de Cicerón porque fué tornadizo y voluble; no leamos a Séneca, puesto que escribió la apología del asesinato de Agripina; abominemos de Tácito porque vivió encorvado bajo la hosca tiranía de Domiciano; arrojemos a los perros el Novum Organum porque Bacon fué un magistrado vil y servil; no se escriba en las páginas del Renacimiento el nombre de Cellini por su facilidad para matar al prójimo; desaparezca Verlaine de la literatura francesa porque fué borracho y Oscal Wilde de la inglesa porque, según se dice, era pederasta.

¿Cuál la posición del glorioso peruano frente a los más graves problemas de la vida? El solo hizo una cosa, la mejor de todas, vivirla y magnificarla en extensión y en profundidad: Ello a pesar de esta o aquella ocasional actitud de preocupación, que nunca alcanzó los terrores y agonías de Darío frente al «agujero negro» de que habla el regidor de

Burdeos. Ya decimos que en su lira falta la recóndita vibración que le aproxime a nuestra intimidad. Se le reprocha eso también, al contraponerlo, por ejemplo, con el refinamiento sutil de su compatriota José María Eguren.

Pero hacerle cargo por ello es una auténtica estupidez. Cada cual tiene su acento propio, su tonalidad inconfundible, y por ello debe juzgársele, no porque no haya hecho lo que hicieron los demás. Decir otra cosa vale tanto como acusar al roble por no ofrendar intactos lirios y a un bisonte porque le falta la tímida delicadeza de la gacela. De unos es la fuerza, de otros la gracia; de éstos el colorido estallante, de aquéllos la sabia gradación de los medios tintes. El sol no es una lámpara doméstica, ni el Chimborazo una colina de primavera.

Chocano era fundamentalmente sonoro, torrencial, panteista y fuerte. Animó casi lascivamente el cuerpo desnudo de América. Fué y es (creemos que se ha dicho ya) la parte masculina de nuestra poesía continental. Diaz Mirón? Bien. Pero aparte el personalismo del veracruzano magnificado en varonía, renegó de su obra para entregarse después a preciosismos de taracea. Chocano abrió una trocha original. Se hizo millonario con nuestras propias riquezas. Fué él mismo: un hermes, no un epígono.

—Estas líneas no quieren ni pueden ser una crítica: de tal actitud ha estado lejos la intención. Recordamos y señalamos, nada más. Y esa recordación de admiraciones y de cariño leal de toda la vida es la que en reverencia y dolor dejamos sobre la tumba prematura (siempre lo es la de los grandes hombres) de José Santos Chocano, César de la poesía y un tanto condotiero de la vida americana. Digno de que la condecore la Cruz del Sur y de que sobre ella además, se dejen, como en la de Oliverето da Fermo, «un puñal, un cincel y un soneto».

ADVERTENCIAS

El Desbordamiento del Regionalismo

Por David Vela

Actualmente se habla con excesivo entusiasmo de la tendencia *regionalista* en literatura, que es en máximo sector un neo-naturalismo, o un naturalismo americano, más superficial que esencial, y pretende confiar al inventario de las cosas vernáculas y a la fotografía de ciertos tipos, plenamente decorativos, la expresión de nuestro continente.

La tendencia no es mal en sí, y hasta resulta en extremo laudable por lo que tiene de gesto rebelde e intención liberadora contra nuestra pereza mental, contra la actitud que por mucho tiempo nos hiciera humildes tributarios del intelecto extranjero, cargando la obra americana de reminiscencias librescas; pero, como en todo son reprobables los extremos, hemos de significar algunas reservas en esta materia.

A la fecha, gran mayoría de literatos piensa, plagiando a Darío: ¿Quién que es, no es regionalista? Es verdad; Díez Canedo nos ha convencido ya de que cualquier escritor de América, sin intentarlo, y aun no queriéndolo, será siempre un escritor americano; no por el hecho incidental que atestigua un registro civil, se entiende, sino por la influencia del medio—la *temperatura moral*, que dijo Stendahl—actuando de continuo, sobre todo hombre sumergido en el mar de sus múltiples y sutiles sugestiones, con más fuerza sobre el literato y el artista en general, a favor de una fina sensibilidad. Podía decirse, por tanto, que aun la sumisa adaptación de temas extraños y la copia servil de tendencias y estilos ajenos, vendrían a representar, en último término, una versión de tales ideas y formas a otra sensibilidad.

La obra americana, pues, ya lleva en sí, como prístina característica, cierto porcentaje de americanismo, cuya deliberada acentuación deviene a menudo afectada o, al menos, innecesaria. Desde luego, hay temperamentos que se sobresaturan del ambiente, y en ellos el regionalismo es estilo propio, modo de ser, y se da con fuerza y gracia, con espontánea belleza; ese sello de sinceridad, por ejemplo, autentica la obra de un Silva Valdés, quien con elementos de su región (es cultor de la tradición gauchesca en el Uruguay), llega a dar notas universales, cuyo fondo viste el colorido local.

Pero el regionalismo ofrece un peligro, por abrirle dos puertas falsas al éxito, a saber: el cariño a lo nuestro, en nosotros; el gusto por lo exótico, en los extraños. Esos sentimientos deciden muchas veces independientemente del valor intrínseco de la obra, festinando el juicio, o introduciendo en él subversivas parcialidades. Y sucede, como ha ocurrido y ocurrirá siempre, que muchos sean tentados por esa probabilidad y se lancen, deliberada o inconscientemente, a conquistar la fama por tal vía, engañándonos o engañándose. En otras palabras: apreciamos el estilo como individualización del escritor, y es aquél una resultante de la personalidad del se-

gundo, de la tendencia y calidad de la obra y de la técnica empleada en la expresión; pero tomar el estilo como punto de partida y abrazar una simple tendencia como ideario, es, sin duda, una equivocación. Hay quienes hacen del *regionalismo* un *modus operandi* literario, de la mención de las cosas vernáculas el nervio de su obra, de las perversiones del lenguaje o modismos su léxico; así se falsifica el sentido y el sentimiento de lo regional para crear una moda intrascendente. Algo de esto pasa en algunos de los últimos cuentos regionales de Arturo Ambrogi, por ejemplo.

Otra tacha del regionalismo, en quienes son dominados por la tendencia, en vez de dominarla, consiste en un automático estrechamiento del horizonte intelectual. Cultores del regionalismo hay que comenzaron por ver el Continente, dejaron de verlo para mirar su nación y ahora apenas abarcan la circunscripción territorial y moral de su alquería. Y esto pasa en la época del internacionalismo y cuando la humanidad ha saltado las barreras del positivismo, impulsada por su eterna inquietud de absoluto, en busca de direcciones cardinales y universales conceptos.

Finalmente, desde el punto de vista idiomático, el *regionalismo* ha venido a provocar un curioso fenómeno de involución, que es conveniente constatar. El habla del pueblo es graciosa, sin duda, y tiene expresiones insustituibles, ya por la certeza con que precisan un concepto o develan un sentimiento, ya por un matiz de fondo (malicia, reticencia, alusión...) o de forma que las hace ingeniosas o pintorescas. También es cierto que el idioma es algo vivo, que evoluciona con la sociedad y adquiere tonos peculiares a localidades determinadas; en fin, es necesario que el idioma se flexibilice y abrillante a través del temperamento del escritor artístico, mejor si del poeta, e inclusive con la contribución de francas licencias; «poned al comienzo del siglo una literatura de puros sabios—dice Guyau—ponderada, exacta, lógica, y la lengua debilitada por trescientos años de uso clásico, sería una herramienta mellada, sin vigor», y en nuestro sentir la función que en ello juega el instinto idiomático del pueblo merece tanta atención como la del estilista, orfebre de la palabra.

Sin embargo, no todo lo que el pueblo dice, como tampoco todo lo que el estilista se permite decir, es digno de que lo incorpore la literatura a sus modos generales de expresión. Además—tal el fenómeno de involución que denunciamos—ocurre que los *regionalistas*, lejos de pugnar porque las expresiones locales se depuren, sin perder su gracia y vigor, se entiende, y colmen vacíos expresivos incorporándose al léxico, tratan de restringir su uso con ingenuo egoísmo, de inventariarlas taxativamente en vocabularios cerrados, y defenderlas de su generalización; pues no quieren ellos perder su mina exótica! Aclaramos que nuestra mente no es, en manera alguna, abogar por la rigidez académica en literatura.

Tales los extremos que conviene prevenir y sus consecuencias, sobre las cuales no sería ocioso meditar. Si la literatura, como es seguro, incluye sobre la sociedad y concurre con otros factores diversos a la determinación de modos de pensar generales, es perniciosa la inmoderada tendencia nacionalista, y regionalista dentro de la nación, que restringe los horizontes del pensamiento y del sentimiento—miopía espiritual—y retarda los anhelos más vastos de universal amor e integración de la unidad moral del mundo.

En segundo lugar, a la orilla del amaneramiento, el *regionalismo* presiona al escritor: haciéndolo tomar un estilo como punto de partida para la realización de su obra y obligándolo a *mantener sus promesas*, ese estancamiento de que abominara Cocteau. En este terreno, el ingenio encuentra, como hemos dicho, un fácil medio de lucrar fama, influyendo esa probabilidad de buen éxito en la estandarización de temas y recursos expresivos. Menos mal cuando no arrambla con la tendencia la legión de arribistas que medran en la mediocre imitación. Por último, en la exageración de la tendencia padece el idioma, ya que no todos tienen el tino de reavivar y exaltar al plano literario los vocablos y expresiones interesantes o pintorescas de la región y, cuando no caen en crudelísimas vulgaridades y groserías—algunos lo hacen con pedante insolencia—al menos sancionan y fomentan innecesarios desafueros contra la lengua.

También caen muchos en el engaño, frecuente por cierto, de creer que expresan el mundo americano cuando apenas han mirado y dicho lo superficial y decorativo del mismo, descuidando el fondo. Es curioso anotar que William Henry Hudson—aunque nacido en Quilmes, Argentina, sin una gota de sangre hispana en las venas—escribiera en inglés un libro que se tiene por algunos como antecedente de la última efervescencia del *criollismo* en el Plata. Intitúlase el libro «La Tierra purpúrea» y se publicó en 1885. Al traducirlo al español Eduardo Hillman, le agregó expresiones *gauchescas* y con ello un sabroso elemento decorativo, pero la obra alienta en sí—según la opinión de Miguel de Unamuno—el alma del Uruguay. Otro caso a meditar, es el del gran escritor uruguayo Emilio Uribe, cuya carrera literaria—tal el juicio de Zum Felde—sigue con fidelidad un curso paralelo al de la evolución de la poesía en nuestro Continente; pues bien, cuando se dijo de él: «es el poeta americano», y todos pendían de su producción venidera, escribe «La Teoría del Nous», de sentido universal y al parecer apartada de los intereses literarios del Continente; pero se equivocan los que piensen que ha defraudado esperanzas, su obra es americana, ya es esa palabra que Keyserling pedía al Nuevo Mundo.

En suma, desconfiando del excesivo entusiasmo por el *regionalismo,* y desde luego pronunciándonos contra sus exageraciones, no queremos negar tampoco la obra de quienes aprovechan sólo la decoración local para adecuar ambiente y modo de expresión a sus obras, que en el fondo tienen resonancia universal o de veras revelan características raigales del alma americana. Sólo advertimos que el alma de América es algo más que un jardín propicio al goce del fatigado turismo extranjero; tenemos la enorme obra de una cultura en construcción entre las manos y, fuera de nuestros grandes problemas, la obligación y responsabilidad de abarcar el juicio de los problemas más generales que preocupan a la humanidad.

El Coyote y el Tacuatzín

Narración maya. - Epoca del Viejo Imperio, 900 años A. D.

Por Carlos Samayoa Ch.

Cuando Hunabkú, el sobrepujante dios fundidor de la vida y de la luz, hubo dado por terminada la creación del universo, decidió congregar a todas las divinidades inferiores, con el fin de encomendarles el cuidado y la terminación de su vasta obra.

Cerca de Acté, aseguran los que saben, en una llanura aprisionada entre las vueltas del Gran Rio (río de la Pasión), el dios descendió del cielo en un coágulo de luz, y tomó asiento bajo los ramajes de una sagrada y melenuda ceiba.

En círculo frente a él, sentados en sendos petates, estaban: Humahau, el señor de las cuevas y los subterráneos; Xibalba, el taciturno dios de los muertos; Ek Ajau, el negro capitán que siempre ayuda en sus empresas al dios de la guerra; Chac, el señor de la lluvia, en cuya barriga de sapo está el jeroglífico de las piedras preciosas como símbolo de las lluvias; Hurakán, el señor de los torbellinos; Xamán Ex, el que guía a los comerciantes en los caminos; los cuatro Bacabs, los que sostienen sobre sus hombros las cuatro esquinas del cielo; Ixshel, el arco iris, la fresca y deleitante esposa de Itzanmá el mején (hijo) predilecto de Hunabkú; el señor de las estrellas; Kabrakán, el sombrío dios de los terremotos; el señor de la luna, el de los cazadores, el de los pescadores, el de los ríos y el de las lagunas.

Y sobre la verde espalda de la selva, Hunabkú, el que todo lo puede, habló así:

—Os he congregado porque quiero entregaros el cuidado de mi trabajo. Todo está ya en movimiento por mi voluntad. El mar (camino siempre recién nacido de Gukumatz), se estremece bajo su inmensa piel de culebra cubierta de áureas plumas de luz, las montañas fermentan el desarrollo eterno del mundo, y los volcanes guardan en su fondo la semilla de las llamas; pero he aquí que el hombre, la mejor y la más importante de mis creaciones, desaparece poco a poco de la superficie de la tierra y sus hijos no se multiplican como es debido. ¿Podría alguno de ustedes indicarme cuál es la causa?

Bajo la tercera esquina del cielo empavesado de blancas nubes, habló el tercero de los Bacabs.

—Señor Hunabkú, el hombre creado por ti, muere perseguido por utihú, el coyote; mis hermanos y yo, lo hemos visto muchas veces correr desalado por los desmontes y rastrojos, atravesar los ríos, subir a los árboles, siempre perseguido por su enemigo el coyote.

—Es cierto, corroboró Humahau, el señor de las cuevas y los subterráneos, yo lo he protegido en algunas ocasiones, cerrando, después de su paso, la entrada de mis cavernas.

—Desde hace algún tiempo, añadió el señor de la luna, utihú, para acabar con el hombre, convocó a todos los animales de la selva y les propuso desconocer su potestad; porque él dice, que ya no quiere alimentarse sino de carne humana. La mayor parte de los animales aceptaron la idea, principalmente el tigre, el lagarto, el ocelot y la serpiente; pero algunos de ellos se opusieron encabezados por el sabio y benevolente tacuatzin.

—Que se llame inmediatamente al coyote.

El pequeño dios del viento, hijo de Hurakán, sopló en dirección a los cuatro puntos cardinales y después ordenó:

—Que se llame al coyote.

A los pocos momentos compareció utihú, custodiado por la mujer-culebra, emisaria de la tierra, la que devora todo lo creado. Sobre sus pechos largos y escamosos cae una cinta adornada con manos y corazones cortados y el ceñidor es una culebra de cascabel.

—Aquí está el coyote.

—¿Piensas seguir alimentándote con la carne de los hombres, mis hijos?—preguntó el creador del mundo.

—Sí; puesto que ella es el mejor manjar que existe sobre la tierra del gran Gukumatz...

Al oír estas soberbias palabras, Hunabkú, el Señor de los Señores, se enfureció y propuso lo siguiente:

—Durante un uinal completo (veinte días), no comerás nada, utihú, y si al finalizar este plazo, has cumplido con la abstinencia, te concederé que los hombres sean tu único alimento hasta el fin de las lunas.

—Está bien, señor Hunabkú.

El coyote se despidió, y esa misma tarde dió principio a su ayuno.

Los primeros días de hambre fueron eternos. Sin embargo, decidido como estaba el enemigo del hombre a cumplir con la sentencia del que todo lo puede, se dedicó a dormir entre los pajonales y a beber agua fresca a la orilla de las vertientes.

Y así fueron pasando los soles, pero cuando ya sólo faltaban tres días para que terminara el uinal, se le apareció una tarde el tacuatzin.

—Pena me da verte tan desencajado y erizo, amigo coyote. ¿Qué te pasa? ¿Por qué estás tan flaco?

El coyote relató lo sucedido y cuando hubo terminado, el tacuatzin, haciéndose el inocente, le dijo:

—Mira, utihú, no seas tonto; entre los animales, sólo el chiquirín puede nutrirse únicamente de luz. Come algo para llenar tu estómago y cuando te hayas saciado, yo te limpiaré los dientes; te los lavaré y te los perfumaré con flor de vainilla, para que Hunabkú no se dé cuenta de que has violado el pacto hecho ante todos los dioses.

Al principio, el coyote desconfiaba, pero al oir la melosa voz del tacuatzin, encareciéndole la necesidad de tomar algo, accedió, y, acercándose a una sementera de maíz, en compañía de su supuesto amigo, comió de lo más tierno del grano.

Al terminar su comida el coyote, el tacuatzin acomodó entre sus fauces un listón de hoja de milpa, y en seguida le frotó los colmillos con flor de vainilla.

A la aurora del tercer día, como estaba dispuesto, utihú compareció de nuevo ante sus jueces.

Y sobre la verde espalda de la selva, Hunabkú, el Señor de los Señores, el que todo lo puede, habló así:

—¿Utihú, has cumplido con tu promesa?

—Si, señor, a costa de grandes privaciones.

—Si en realidad la has cumplido, abre la boca y muéstrame su fondo.

Con la confianza del que se la ha lavado bien y sabe que lo más fácil del mundo es engañar, el coyote abrió la boca de tal manera que en el interior apareció la hojita de milpa...

Cuando Hunabkú la vió, su cólera fué tremenda.

—¡Anda coyote, dijo, señalándole la cordillera, desde hoy te condeno a sufrir siempre hambre, y tu más señalado enemigo será siempre el hombre.

Avergonzado y afligido por haber sido descubierto, el coyote se dirigió a la madriguera del tacuatzin, con el propósito de sorprenderlo y comérselo, en castigo de su traición. Pero éste, que ya se imaginaba lo que había pasado, logró convencerlo de que no había motivo de enojo, y en seguida, viéndolo más apaciguado, pero siempre hambriento, le propuso lo siguiente:

—Ve coyote, la culpa fué tuya porque abriste demasiado la boca; no te encolerices y ven a ayudarme a sostener el sol y la luna. Mientras tú lo haces, yo iré en busca de algunos hombres para que llenes por última vez tu barriga con la carne que tanto apeteces.

Abrigando la esperanza de comer algo, utihú consintió en dejar partir a su supuesto amigo y el tacuatzin empezó a caminar a la vera de un río, en busca del hombre.

En el centro de una siembra de maíz, donde muy de madrugada juntaba sus ayotes, el tacuatzin encontró al segundo día a un joven, y al verlo le dijo:

—Hombre, ven conmigo y te mostraré al peor de tus enemigos, el cual está en estos momentos cargando con el sol y la luna. Antes de libertarlo oblígalo a aceptar una dura condición y consigne, de esta manera, que no vuelva a molestar a los hijos del divino Hunabkú.

El joven tomó su arco y su hacha de piedra y se encaminó hacia el sitio donde el pequeño animal decía que había quedado el coyote aprisionado bajo el sol y la luna. Y cuando hubieron llegado le dijo:

—Eh, coyote, ¿por qué tienes a mi madre y a mi padre en tus espaldas? Has de saber que soy el hijo de ambos, y no permito que mi madre descanse en las sucias espaldas de un animal como tú. Por atrevido e irrespetuoso para con tus dioses, voy a matarte.

Y así diciendo, colocó una flecha en su arco de huiscoyol, y se dispuso a atrevasar con ella los pulmones del coyote. Pero éste, al ver que lo iban a matar, se prosternó aullando:

—Dame la vida hermoso hijo de Itzanmá, nieto de Hunabkú, el que todo lo puede, dame la vida y pide de mí lo que quieras.

Entonces el joven, por consejo del tacuatzin, retiró de su arco la flecha y aprovechó la ocasión para exigir de utihú, que no volviera a molestar al hombre; pero, según parece, algunas veces olvida su promesa, o bien es de creerse que, como lo dispuso el sobrepujante dios fundidor de la vida y de la luz, el mal debe existir siempre para pesar al otro lado del bien, porque todo es principio y fin en la sabiduría de aquel que todo lo puede.



LETRAS SALVADOREÑAS

Un Pueblo que cabe en un Libro

Por Amparo Casamalhuapa

«Cuentos de Barro» de Salarrué, es como si dijéramos la jarra embellecida que contiene la linfa espiritual del proletariado salvadoreño.

El soñador de fantasías atrevidas que ve convertidos los sapos que saltan, en piedras vivientes, copia en trazos inimitables la vida de nuestra gente más inculta, de nuestra gente más sencilla. Fija con inocente impudicia, la frase torpe que se volvió cristal en el horno ardiente de su corazón; y nos enseña que muchas cosas en apariencia malas, han venido a constituir simplemente, una costumbre en fuerza de repetirlas.

Leyendo el cuento «Bajo la luna», se siente la tranquilidad de las noches claras, en las casas perdidas a la orilla de los lagos. El olor a mumuja de palo podrido, a mateplátano y a julunera triste, es una certidumbre. Luego el asalto de la chichera y el perdón ofrecido, por el cabo López al primo contrabandista, quien rehusa la libertad si no alcanza a sus compañeros de trabajo y de distracciones; para terminar en la formidable pregunta de las ollas abandonadas: ¿Achis, que pasaría...?

Y el cuento de «La Noche Buena», con la esperanza muerta en el alma de la madre campesina, por la falta de amor en aquel padre-cura, verdadero tipo nuestro, de corazón fosilizador...

En «La petaca», «El serrín de cedro» y en «El viento», vibra el dolor encarnado de criaturas incapaces de reir, incapaces de otra cosa que no sea sufrimiento sin protesta, que es casi un reto a la impiedad del Karma. Como lágrimas al borde de tupidas pestañas, tiemblan estas vidas humildes en la soledad de nuestros campos y aldeas.

Tiene Salarrué, retazos de ternura maravillosa, en frases como éstas: hablando de una niña de siete años:

«Iba humilde y shuca en la frescura dorada de la tarde, dejando pintada en el barro la flor de su patita.»

De un padre a su hijo: «Goyo Cuesta, que nunca en su vida había hecho una caricia a su hijo, lo recibía contra su pestífero pecho, duro como un tapexco; y, rodeándolo con ambos brazos, lo calentaba hasta que se le dormía encima, mientras él con la cara añudada de resignación, esperaba el día en la punta de cualquier gallo lejano.» De una viejísima ceiba dice: «Cada arruga del tronco era un nervio de montaña. En los nudos hechos por los siglos, había cabezas de monstruos, terroríficos y pensativas gárgolas, no extrañas en aquella catedral de pájaros, romántica en el tronco y bizantina en la copa.»

Termina el libro con el cuento de «El negro Nayo», dejando en el alma un tinte de melancolía. «No me creya egóishto compañero, la flauta no tiene nada: soy yo mesmo, mi tristura... la calor...»

Así es el espíritu de nuestra raza. La miel entre más obscura, es más dulce.

En este libro de Salarrué, vive nuestra costumbre de apretar unas con otras, las palabras; quizás en un vago anhelo de quitarles el barniz castellano, para darles el dorado de nuestro barro indio.

Leyendo «Cuentos de Barro», puede decirse que la entraña palpita con una mezcla de admiración, de tristeza y de gozo, al sentirse quintaesenciada en las páginas de un verdadero libro.

Llanuras de Castilla y paraísos de América forjan un libro inmortal

LA GLORIFICACION DE BERNAL DIAZ DEL CASTILLO

Por Virgilio Rodríguez Beteta

Vivo y muy vivo está Bernal Díaz del Castillo, a pesar de la tarde aquella—¿una tarde?—de fines del siglo XVI en que amortajado con máximos mimos (quizá con todo y coraza, para subrayar más allá de la muerte el leal amor que ella y él se tuvieron en larga vida de cerca de veinte lustros) fué puesto lentamente, mientras lloraban los ciento y un bronces de la ciudad—cuya cuna «de marfil y oro»—entre dos magníficos volcanes, el «de Agua» y el «de Fuego», él había ayudado a mecer—bajo el altar mayor de la Catedral de Santiago de los Caballeros de Guatemala...

Vivo y muy vivo está... A pesar de la tarde aquella en que quedó muy quieto al lado del más inquieto de los conquistadores, el muy poderoso señor y Adelantado don Pedro de Alvarado, que murió de

batallas y de dolor de alma, su siempre altiva señora doña Beatriz de la Cueva, apellidada en los siglos «la sin ventura», y las once grandemente desventuradas señoras de los más recios linajes españoles que con ella llegaron a la muy noble y muy leal ciudad de Guatemala, en busca de emociones y nuevos destinos y con ella hallaron oscura muerte en noche aciaga, de esas en que los bajos dioses de América—no los altos—soplan sobre la superficie llamaradas de volcán, torrentes de inundación y sacudidas de terremoto...

Resulta, pues, que Bernal Díaz del Castillo, no por sus ciento diez y nueve batallas en la conquista de México, sino por arte y gracia de la «Verdadera Historia» en que las estereotipó, se nos aparece en nuestros días fresco y lozano, en plena juventud, como si sus trescientos cincuenta años de tumba no fueran sino otros tantos de obligada preparación para salirse de ella para siempre.

* * *

Cabe afirmar, por lo visto, que la coraza aquella con que se defendió de los escuadrones de indios, apretados como las arenas del mar (y la que, según propia confesión no se quitaba jamás, ni para dormir), se hizo formidablemente consustancial con su figura para ofrecer un solo frente a los escuadrones de los siglos, erizados de flechas corroídas del veneno del olvido... Dentro de su coraza ha podido esta singular figura de conquistador escritor (dos palabras que se repelían a fuerza de no caber dentro de la apretada armazón de aquellos tiempos y aquellos hombres) cruzar las aguas leteas de más de dos siglos de menosprecios e indiferencia, para resucitar, llena de originalidad e insospechado encanto, en los albores del XIX. Al paso que la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala (ciudad ésta, ya lo he dicho, que fué la patria definitiva de Bernal Díaz y la que conserva—dato que de seguro interesará más al lector—la joya inestimable de su manuscrito original) tiene entre manos una nueva edición de la «Verdadera Historia», con la que habrá de dar realce a su ya notable y meritísima «Biblioteca Goathemala» (1), el investigador mexicano don Ignacio Villar y Villamil ha concluido la más completa biografía de Bernal (entre las muchas hasta ahora publicadas) y el profesor también mexicano don Félix Samper Cabello un índice de la «Verdadera Historia», más perfecto aún que el del padre Andrade (durante muchos años reputado el mejor e incluído en la hasta ahora mejor edición de Bernal, la de don Genaro García, hace cinco lustros, a base de fotocopias del original guatemalteco).

Pero lo que sabemos de aquí mismo, de Madrid, es todavía más interesante, España, por mano de una de sus más ilustres instituciones culturales, el Centro de Estudios Históricos, fuerte atalaya de orientaciones a todos los vientos de la revolucionaria investigación, enclavado en callada y altísima cima, va a emprender, emprende ya, una nueva edición, con sazonadas anotaciones interpretativas. Y decir el Centro de Estudios Históricos y que al frente de esta labor de la nueva edición bernaldezca figura Américo Castro, insigne humanista y uno de los más conspicuos animadores del Centro, es anunciar un milagro bibliográfico, la definitiva palingenesia de la siempre vieja y siempre novísima «Verdadera Historia».

¿Cuál es el secreto de que tras oscuro silencio de tres siglos pueda verificarse este milagro palingenésico de un libro que debiera estar ya más que agotado con sus ocho o diez ediciones en español, cinco o seis en inglés, cuatro o cinco alemanas, dos francesas, dos húngaras y ocho o diez en otras lenguas? Por de pronto acuden a los labios las muchas respuestas formuladas de todas partes y en todas las lenguas. Soldado historiador que no tiene rival sino en Ramón Muntaner y su «Expedici des catalans a Orient», dijo Menéndez y Pelayo, juicio a que adscribe, recordándonoslo, en el prólogo de una edición, Carlos Pereira, profundo historiador de nuestra América. «La joya más preciosa de la historia mexicana», dijo el mexicano don José Fernández Ramírez. Pero también Robertson afirma en inglés: «Uno de los libros más curiosos que se puede leer en cualquier idioma»; y aun Ingram Lockart, respetable autoridad: «Compite con cualquiera obra de los tiempos modernos, sin exceptuar «Don Quijote». Un ilustre historiador argentino, don Bartolomé Mitre, nos da también esta opinión soberana: «Unica en la literatura universal que eclipsa todas las crónicas e historias escritas antes y después, sobre el mismo asunto».

Pero, ¿me será permitido ensayar una opinión particularísima—válgame la audacia—acerca de este secreto de la creciente simpatía y del amor «bernaldezcos» de nuestros tiempos?

A mi juicio, el inmenso valor y poder de sugestión de Bernal Díaz y su libro, radican en lo que es clave segura de todo éxito literario destinado a echar indestructibles raíces en el espíritu de los hombres: supieron anticiparse dos o tres siglos a su época. Es decir, Bernal Díaz del Castillo pensó y escribió como lo hubieran hecho un escritor y un pensador de dos y medio o tres siglos más tarde, con el mismo sentido de crítica, la misma claridad de previsión y una fina intuición del futuro sentir. Fué el menos escritor de los escritores de su época y el menos conquistador de los conquistadores...

* * *

Vamos a cuentas. Lo religioso, al modo de aquellas gentes (fanatismo cruento), era el deber ineluctable. Bernal Díaz celebra las amonestaciones

(1) Publicada ya en 1934 en dos tomos, y cotejada cuidadosamente con su original manuscrito que se conserva en el Archivo de la Municipalidad de la ciudad de Guatemala. (Nota del Director del Boletín de la Biblioteca Nacional de Guatemala).

de un capellán del ejército de Cortés: «No cure vuesa merced de más los importunar (a los indios) sobre esto, destruyéndoles sus idolos, que no es justo que por fuerza los hagamos ser cristianos». Y hasta tiene ironias deliciosas: cuando sus camaradas ven al apóstol Santiago cabalgando flamigeramente entre los dos volcanes de Guatemala, un dia después de la conquista, declara: «E yo no lo vide». Aunque luego se cure en salud: «porque como pecador no fuése digno de lo ver».

¡Cosa increible! Es también enemigo de la rapiña, y celebra que Cortés reprenda severamente a Pedro de Alvarado por lo que robaba. Y enemigo también de la crueldad, cosa tanto o más inaudita que la anterior. Por la mansedumbre de los procedimientos de Cortés «nuestro señor le daba gracia que doquiera que pusiera la mano se le hacia bien». Ante las matanzas de Cholula no siente descargada su conciencia sino hasta encontrar, tras muchas páginas de justificación, el propio testimonio absolutorio del Santo Motolinia. Pero cuando en las selvas del Petén—Guatemala—en el célebre y desastrado viaje desde México a Honduras, Cortés cuelga a Guatimozin y a su primo, el señor de Tacuba (como quien deja pendiente de un madero—dice un antiguo historiador guatemalteco—su fama por los siglos futuros), Bernal Diaz se revela: «E yo tuve gran lástima del Guatemuz y de su primo por habelles conocido tan grandes señores»... «E fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada e todos lo tuvimos a mal».

No cree, como sus camaradas, de capitán abajo, que los indios sean perros indecentes y desleales, indignos de todo trato humanitario. Recuerda y pondera «las maneras y grandeza del infortunado Monctezuma». Justifica el respeto que llegó a imponer en los mismos españoles: «porque demás de ser rey de esta Nueva España, su persona y condición lo merecian»; y, sobre el cadáver del infortunado emperador, vierte estas palabras: «E Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados, y hombres hubo entre nosotros de los que le conociamos y tratábamos de que fué tan llorado como si fuera nuestro padre».

La vanidad bélica no le subyuga: entraba en batalla «con una como grima y tristeza grandisima en el corazón». La sórdida avaricia no sólo no le hace su esclavo, como al resto de sus compañeros, sino que le arranca suaves ironias. A ella atribuye la mayor parte de bajas en la huida de México, cuando la Noche Triste: «por salir cargados de oro, que con el peso de ello no podian salir ni nadar». Y finaliza: «e perdieron la vida e aun el oro...»

Afanoso de verdad, ruega a los compañeros que aun vivan esclarezcan tal o cual pasaje, del que él ya poco se acuerda. Avido de justicia, hace un prodigio de memoria, a sus setenta y tantos años, para no dejar en el tintero ni un solo nombre de sus camaradas, que con Cortés compartieron la gloria de la conquista, al revés de lo que querían los panegiristas de aquél, más novelistas que cronistas, y para describir el caballo que montaban, el traje que usaban, sus hechos y dichos. Por afán de ingenuidad sincera huye de todo rebuscamiento, escribe como piensa y mueve la pluma como movia la lanza, aunque con heridas más profundas. Se llama a si mismo tosco, desaliñado, «idiota y sin letras». Precisamente se anticipa a llamarse todo lo que los escritores de su tiempo y de los inmediatos le habrian de llamar. Envidioso y ambicioso, desaliñado y mentiroso, lo llama en el siglo XVIII don Antonio de Solis, «gran novelista» de la conquista de México. Todos los adjetivos con que dos siglos y medio o tres y sus hombres lo menospreciaron, han servido de sustantivos para encender la lumbre con que hoy resplandece el nombre del verdadero historiador de la conquista. Tal vez sin don Antonio de Solis sigue muerto Bernal Diaz del Castillo.

Pero interesa otro dato. El de la ciudad que fué patria definitiva de Bernal Diaz. Es un escenario que difiere mucho del de su primera patria, de aquella que le vió nacer y crecer. Medina del Campo, en el corazón de Castilla, es cosa bien distinta de Santiago de los Caballeros de Guatemala, en el corazón de América. Buenas son aquellas eternas llanuras de Castilla, salpicadas de rojo y sembradas de rocas, como un desierto surcado de rampantes manadas de leones, para lanzar hombres a la conquista del Nuevo Mundo. Distinta cosa la Antigua Guatemala, rincón de paraiso, de arroyos serpeantes entre colinas azules, en donde todo es jardin, placidez; en donde hasta los tres volcanes sempiternos parecen grandes flores. Castilla forjó la lanza, la Antigua la pluma. Castilla hizo al guerrero, la Antigua al filósofo. La desolada eternidad de la campiña catellana se sintió aprisionada en la Antigua, como en un momento fúlgido y feliz del mundo. El soldado que salió de Medina del Campo se hizo en la Antigua marido, padre, historiador. La Antigua labró su parte tierna, fecundó el idilio que latia, como una llama quizá insospechada, en su alma. A la augusta sombra de los volcanes amó, meditó, recordó. Sus ciento diez y nueve batallas se hicieron carne viva en su recuerdo y las purificó con tinta de su pluma, en que habia mieles sin que faltara eternidad. Muchas veces cuando el sol se iba, Bernal seguia escribiendo su historia, a la llamarada del volcán...

* * *

En la pobreza más absoluta, honrado, franco, rebelde a las injusticias, ya fueran del mundo, del rey o del papa—parodiando un verso de nuestros dias—pasó la segunda mitad de su vida y los postreros momentos de su brava existencia. Aun la muerte fué sabia con él. Se borró su sepulcro en una de las tantas restauraciones de las catedrales de la Antigua. Asi no quedó de él nada para hoy...

En cambio el mañana ha sido muy distinto. A pesar de sus trescientos cincuenta años de dormir intranquilamente en ignorado rincón de la antigua Santiago de los Caballeros de Guatemala—hoy a secas, democráticamente, la Antigua—vive tan fresco y lozano, según hemos visto, como en los días aquellos de la jornada a Honduras, en que, tras cuatrocientas leguas a caballo por entre torrentes y enmarañadas selvas, era el primero en salir a explorar el camino, improvisar un campamento, construir un puente o dar con un abandonado lugar de indios donde abastecer al ejército, muerto de hambre y fatiga. A pesar de un centenar de batallas encima, no era más que cabo, pero ya Cortés lo distinguía como no lo hubiera hecho con sus primeros capitanes. «Oh, señor hermano Bernal Díaz, por amor de mí, que si dejastes escondido algo en el camino lo partáis conmigo. Y Bernal acudió llevándole jarros de miel y dos indias que hacían pan muy sabroso».

Algo se había dejado escondido Bernal Díaz en el camino que Cortés no sospechaba siquiera. ¿Quién iba a decirle al soberano conquistador que aquel humilde cabo, bueno para todos los menesteres, así en la paz como en la guerra, se dejaba escondido en el inagotable camino de su memoria, no algo, sino todo lo que le serviría para partir con él, por partes iguales, la gloria de los siglos futuros, la «Verdadera Historia»?

BIBLIOGRAFIA

La Nueva Guatemala de la Asunción. Terremoto de Santa Marta. Fundación en el Llano de la Virgen.

Por Pedro Pérez Valenzuela.

TIPOGRAFIA NACIONAL 1934

He aquí un libro para leerse con atención y cariño, para aprender a emocionarse, a la vez, por como las páginas rezuman recuerdos entre las líneas de apretada erudición. El autor enfoca un período interesante de nuestra vida colonial, tenso de angustia y esperanzas, y se delecta, sin desatender a la visión de conjunto, en consignar los más pueriles detalles; así logra revivir los cuadros palpitantes de la ruina de la antigua capital, la tribulación de sus moradores, el desconcierto de opiniones entre los dirigentes, la resistencia obstinada de los *terronistas* y el triunfo del *traslacionismo*, que implica la fiebre de construcción en el Llano de la Virgen, donde habían de gastarse la enérgica voluntad de los peninsulares y la esclavizada energía de nuestro indio para levantar la Nueva Guatemala de la Asunción. Y en tan agitado escenario, sabe destacar los caracteres de diversos personajes de la época, que en la pugna hallaron ocasión de retratarse de cuerpo entero, con los colores puros de sus exaltadas pasiones. Sin una directa intención de crítica de parte del autor, el hecho de la traslación y las circunstancias en que hubo de efectuarse son fácilmente enjuiciables por el lector atento, gracias al acierto selectivo de concatenadas incidencias, a la precisión de datos, al orden lógico del relato y a los relieves con que deliberadamente realza ciertos actos, de manera que tocando al fin de la lectura, en las últimas páginas, el lector pronuncia un juício, acaso subconscientemente influído por el criterio que interlinea el autor: fué un error trasladar la capital en vez de restaurarla, duplicando el costo y el esfuerzo de la reconstrucción y haciendo perder a nuestra metrópoli el alto rango que ocupaba a la par de las más ricas y suntuosas ciudades de América. Sin embargo, debe perdonarse a los *traslacionistas* que no hayan previsto la imposibilidad de eludir la amenaza plutónica en un país volcánico, como demostrarían después los terremotos de 1917/18.

El tema es interesante, pues para el amante de su país es como si le relatasen la vida íntima de un antepasado que no conociera y, no obstante, fuese para él respetado y querido a través de la influencia de sus padres. La ciudad natal es para nosotros como una abuela ilustrada de sorprendentes historias, y es grato que alguíen despierte con la voz de oro de la evocación los recuerdos de su lejana y misteriosa infancia. Y el asunto, por sí mismo intensamente dramático y decorado de lejanía, se destaca mejor en el marco de su época: cuando la espada que acaba de conquistar la tierra todavía está templada de fiereza en la mano del Gobierno civil, como prolongación del brazo y la voluntad de los Capitanes Generales: cuando el clero, alzando el símbolo de la cruz que venía a

redimir las almas, manda también e intriga: cuando el indio, postrado ante ambos signos, aumentando aun sorda rebeldía contra sus opresores, comienza a envolver su irreparable humillación en hermético silencio y a rendirse sin reservas.

En la imaginación de los guatemaltecos que fuimos testigos de la sorpresiva tragedia de 1917/18 y conservamos vivo el recuerdo de todo un pueblo atribulado, atónito ante el suceso, más luego presto a la apresurada salvaguardia de sus personas y bienes, se hace más honda y clara la evocación de la catástrofe de Santa Marta; pero en 1773 también embargaba a la población en fuga el resguardo de sus almas, sin que aminorase su fe el hecho de ver cuarteados los sólidos muros de sus templos, hundirse las naves, venir a tierra las orgullosas torres y rodar mutilados los iconos de los altares.

Gran tema, digo, para un pintor aquel doble espanto; pero aun más grande tema, para el historiador y el sociólogo, las incidencias a que daría margen aquella desgracia: los choques entre don Martín de Mayorga y el clero y el claustro universitario; la división entre terronistas, pegados a sus nativos lares y a los recuerdos que la tradición objetiva en las viejas piedras, y *traslacionistas*, grandes en la derrota por su optimista determinación de levantar una nueva ciudad en sitio libre de peligros, como sería el Llano de la Virgen, desde luego muy estratégicamente elegido, detentando la tutela de un pueblo al que declaraban en minoría de edad para prevenirlo contra las furias naturales; la resistencia heroica de los primeros a las cédulas y órdenes de un Monarca lejano, ignorante de lo nuestro—que era también lo suyo—así como a los ejecutores de tales órdenes, a menudo excedidos en sus facultades; en fin, las penalidades del traslado y el costo de la nueva edificación que pesaría desde sus cimientos sobre las espaldas de los indígenas.

De todo esto estaba enterado y seguro, el autor, y a esta condición, unida al gran cariño de guatemalteco que puso en la realización de su trabajo, se debe en gran parte, el éxito del mismo: secreto de alquimia que perfuma de nostalgia los papeles que en el archivo cobraban moho, que hace fluir con gracia y facilidad por amenos cauces la documentación erudita, y que a los datos más ciertos y averiguados presta un suave resplandor de conseja.

El autor peca de modestia, cuando advierte que tan sólo ha logrado acumular noticias, con intención y método periodístico, para quien quiera hacer obra de estudio, y de honesto al citar con celo y gratitud las fuentes de algunas noticias y los nombres de personas que le acudieron con oportunos informes. Ya fuera justo título para enorgullecerse la disciplina estudiosa que el acopio, ponderación y ordenamiento de los datos acusa en la preparación del libro, y en este punto debe subrayarse de nuevo la honestidad del investigador, que en el curso de su exposición confiesa dudas o deja lagunas—cuando fuera tan fácil inventar—no se conforma con segundas referencias, que verifica o amplía, y se castiga sin tregua en la afanosa búsqueda, que en estas cuestiones y entre nosotros resulta labor ímproba, por el incurable abandono y desorden de nuestros archivos. Pero todavía hay que reconocer otras virtudes en el libro de Pérez Valenzuela: la selección del material y el tino en el recorte o extracto de los documentos que cita, para no cansar, sin hacer sacrificios de dato alguno, y acopiar detalles, desentrañando la atmósfera de los hechos sin caer en el vicio de prolijidad. Y luego, principalmente, entreverando el relato, el comentario, ha logrado la unidad y correlativa dependencia de los sucesos, a lo largo de sus XXIII capítulos, sin perder la ilación ni dispersarse en digresiones. A eso se debe que, siendo parvo en sugestiones personales y hasta severo en propósito y forma, haga grato lo que su exposición pudo tener de árido, sin vestir a capricho de su fantasía las obligadas desnudeces del tema; en suma, sin otros recursos que esa sencillez y lógica que resplandecen en el habla de quien sabe y dice la verdad, en la meta de los anhelos que alienta todo sincero cultor de la historia narrativa. Con tales ejecutorias, la obra de Pedro Pérez Valenzuela ha de servir de estímulo, por su éxito, y de emulación por la manera en que fué concebida y está realizada.

El último capítulo, quiere ser al principio una elegía a la ciudad abandonada. Corre el año 1780 y la vieja capital de la colonia comienza a reconcentrarse en el gran sueño nostálgico que hoy constituye su misterioso atractivo; las calles quedan desiertas, las casas se hacen hurañas, las gentes andan con temor de perturbar con su actividad normal esa vida introspectiva de las piedras vueltas de cara al pasado; encima de todo cae un gran silencio; con los últimos viejos octogenarios acaba de enterrarse la tradición, como un tesoro...

Pero ya el escritor escribe de prisa, su mano no domina la nerviosidad de la pluma deseosa de cerrar la última página, fechada a 31 de marzo de 1934. La atención salta sobre los últimos sucesos, relativos a la rápida urbanización de la nueva capital, y es que las notas de dolido responso se confunden sin transición en su alma con un salmo optimista y esperanzado, que abarca el destino de las dos ciudades, las dos vivas, después del duelo a muerte que han sostenido: «en la Antigua alienta la historia, la leyenda, el recuerdo preclaro. Es el monumento del pasado. A esta—la Nueva—le está aguardando el porvenir...» Ciertamente, así zanjaron los siglos la vieja disputa de nuestros abuelos: somos *traslacionistas* para pensar en el progreso de Guatemala, *terronistas* para sentirnos orgullosos de su pasado y amar sus ancianas glorias...

David VELA

Civilización que nace y muere en el misterio

Por George W. Gray

Para formarse una idea, así sea somera, de lo que fué la civilización americana precolombina, los rotarios que asistan a la Convención de México en junio próximo habrán de visitar Chichén Itzá.

De todas las ciudades mayas es la más accesible, la más representativa, la más brillante. La restauración de sus edificios ha sido más completa que la de cualquiera otra de las ciudades de su época. En ella se ha logrado recientemente volver su antiguo esplendor a muchos palacios y a muchos monumentos, gracias a los esfuerzos combinados del Departamento de Arqueología del Gobierno mexicano y del Instituto Carnegie.

Situada en el ángulo septentrional del Estado mexicano de Yucatán, a una hora de automóvil de la estación del ferrocarril que conduce a la ciudad moderna de Mérida, aquella milenaria urbe del Cenote Sagrado es una de las más raras y más preciosas joyas del México antiguo. La calificamos asi porque ella esconde una página en la historia desconocida de ese extraño ser llamado hombre—la más desconcertante y, por ello, la más interesante de las criaturas, reto eterno a nuestras inteligencias y enigma entre los enigmas.

A la solución del rompecabezas de Chichén Itzá han dedicado su vida entera claros cerebros en un anhelo de averiguar—con los datos fragmentarios que se encuentran aqui y en otros lugares en que se establecieron los primeros pobladores de América—el origen de tales pobladores, los medios de que se valieron para construir sus ciudades y las causas que determinaron su extinción.

Una mañana mientras me paseaba entre los muros blancos de la antigua metrópoli maya—con su plaza hollada antes por tantos millares de pies y ahora tan desierta y tan silenciosa—encontré a un hombre que vagaba también entre las ruinas. Inmediatamente me dí cuenta de que era un experto, de que era un conocedor, de que estaba ampliamente familiarizado con aquellos restos venerables. Por entonces me tenía perplejo el significado de una vieja escultura, un «chac mul», como le llaman en el dialecto nativo, y rogué a mi nuevo amigo que me ilustrara. Así iniciamos nuestra conversación. Hablamos de las grandes sensaciones que están reservadas para aquellos que andan ocupados en desenterrar estas ciudades sepultadas, de los hallazgos arqueológicos, de los enigmas que ofrecen, de nuestras especulaciones... Supe que mi amigo ha dedicado toda su vida a estas investigaciones y el relato de lo que ha pasado ante sus ojos era verdaderamente fascinador. Dos horas permanecimos hablando sentados a la sombra de la gran pirámide de Kukulcán, y sus palabras referian cosas tan remotas que más parecía hablar de la vieja Grecia o del legendario Egipto que de cosas de este nuestro Nuevo Mundo.

Mi ilustre amigo es don Juan Martínez, arqueólogo y distinguido ciudadano de Yucatán. Señalando una maciza escultura que representa la serpiente con plumas que guarda la entrada del templo—apenas si hay algún edificio en Chichén Itzá en que no se halle ese símbolo en algunas de sus variadas formas—me preguntó con intempestiva vehemencia: «¿Qué significa esa serpiente? La tradición la llama aqui Kukalcán y, en el Valle de México, Quetzalcoatl, pero ¿qué significa?»

Esta es la eterna pregunta que se oye en la región maya. Es la pregunta que no se aparta del cerebro de todo visitante inteligente. Es el estribillo que espolea a continuar las excavaciones, a persistir en la laboriosa búsqueda que de un modo paulatino, pero seguro, va descifrando los jeroglíficos en que los mayas escribieron su historia en páginas de piedra.

En la espesura de la selva que el sol jamás perfora, allí donde los únicos senderos son las veredas ocasionales que a machete abren a través de la muralla verde los que andan en busca de chicle, permanecen perdidas esas páginas, junto con otras reliquias de un desconocido pasado. De vez en cuando algún chiclero tropieza con los restos de una sepultada ciudad y trae la noticia a los que conocen de estas cosas.

No hace mucho que un botánico norteamericano, el señor Lundell, dió a los cuatro vientos la noticia del hallazgo de una desconocida ciudad en el corazón del zapotal espeso. Lo orientaron hacia ella los informes que traian los chicleros de haber visto «un lugar en que había piedras talladas».

En efecto, cuando los arqueólogos del Instituto Carnegie visitaron el lugar, y tras algunas semanas empleadas en hacer el plano del mismo, en tratar de averiguar la ubicación original y las dimensiones de edificios y monumentos y de reponer en sus prístinos sitios los caídos tableros y descifrar las inscripciones aún legibles, se dieron cuenta de que se trataba de la ciudad que cubre mayor extensión entre las descubiertas hasta ahora en el país de los mayas. Pudieron averiguar la existencia de hasta ciento tres monumentos de piedra, setenta y cinco de los cuales poseen esculturas o inscripciones—el más abundante tesoro de estas páginas singulares de la historia jamás encontrado en un solo lugar.

Por las pirámides gemelas, de cincuenta metros de altura, que adornan la ciudad y por hallarse éstas entonces cubiertas de maleza, lo que les daba un aspecto de pequeños cerros. Lundell puso por nombre a esta ciudad en ruinas, Calakmul, que significa «los dos cerros contiguos».

Mas Calakmul, no es sino uno de los quinientos y tantos sitios con ruinas mayas encontrados hasta ahora en Guatemala, Honduras y los Estados mexicanos de Campeche, Chiapas, Quintana Roo y Yucatán. De ellos, veinte fueron asiento de ciudades importantes.

La región no es muy extensa. Un círculo con un radio de 500 millas, cuyo centro se colocara en el Norte de Guatemala, la abarcaría toda. En esta región floreció la más brillante de las civilizaciones precolombinas de América, civilización que declinó y desapareció en la misma forma misteriosa en que vió la luz. De ella sólo quedan dispersos montones de ruinas y de inscripciones que integran a los arqueólogos modernos.

La magnificencia de estas ruinas no la iguala la de ningún otro lugar del hemisferio occidental. Sólo un pueblo muy avanzado en arquitectura, ingeniería, escultura, pintura y administración civil pudo haber construido estas obras grandiosas. Algunos jeroglíficos nos dieron la clave del calendario maya, cuya exactitud es mayor que la del que se empleaba en el imperio romano y en otros pueblos europeos de la misma época. Su estudio induce a suponer que los mayas tenían muy profundos conocimientos de las dos ciencias hermanas, la astronomía y las matemáticas.

Este conocimiento fragmentario del adelanto de aquel pueblo no hace sino ahondar el gran misterio que envuelve su historia. ¿Emigró dicho pueblo de regiones en que predominaba ya una vieja civilización en la época de su partida? ¿O pueblo y civilización son autóctonos? Muchas autoridades sostienen esto último en cuanto a la civilización, aunque admiten que los antepasados de los mayas pueden haber venido de Asia hace millares de años, cuando Alaska unía aún los dos continentes y ofrecía al aventurero un puente para pasar a pie enjuto del asiático al americano.

Entre otras razones, induce a creer que la partida de los mayas del continente asiático no es reciente el hecho de que, según todas las apariencias, jamás se sirvieron de la rueda. Ni en sus ruinas, ni en sus pinturas, ni en sus esculturas hay nada que indique el empleo de la rueda, de uso tan universal y tan antiguo en el Viejo Mundo. Tampoco se encuentra nada que demuestre que los mayas emplearon bestias de carga. El caballo y el asno no se conocieron en México hasta el siglo XVI, en que los trajeron los españoles. Imaginemos, pues, el esfuerzo gigantesco que representa la construcción de sus edificios y de sus monumentos grandiosos; los problemas que tuvieron que resolver para el transporte de grandes bloques de piedra, sin ayuda de vehículos de ninguna naturaleza y sin bestias de tiro.

Pero, ora los mayas hayan traído su avanzada civilización de un país desconocido, ora hayan emigrado salvajes, formando parte de tribus que vinieron al continente americano en época remotísima, se impone preguntar ¿cómo pudo aquella alta cultura desarrollarse en la zona tórrida? Al Norte había países más propicios: Colorado y las cuencas del Mississippi, del Ohio y del Hudson. Casi sin excepción, cualquier persona versada en la materia dirá que estas regiones septentrionales eran más adecuadas para que floreciera el arte y se desarrollara la ciencia y también para que se crearan grandes centros de población.

Mas no fué así. A aquellos climas templados sólo fueron a establecerse los constructores de chozas o los que colgaban sus habitaciones en las estribaciones de las montañas o en barrancas profundas, en tanto que en el Sur remoto, en un clima cálido y húmedo, en medio de la selva casi impenetrable de los trópicos, los mayas, que esculpían la piedra y construían pirámides, fueron a abrirse paso para levantar sus empinados monumentos—¡los primeros rascacielos de América!

Alguien ha tratado de explicar esta anomalía, suponiendo posibles cambios en las condiciones climatológicas del tiempo de la ocupación maya a esta parte. Sin embargo, no hay nada que pruebe tal variación y, en cambio, sí existen evidencias contra tal suposición. Se han encontrado, por ejemplo, formando parte de los viejos templos, dinteles de zapote primorosamente tallados. Esta madera proviene del árbol del mismo nombre, que es uno de los más característicos de la región. De él se extrae el chicle. Los botánicos han demostrado que dicho árbol sólo prospera en climas tropicales. La presencia de estas vigas de zapote en construcciones cuya edad pasa del millar de años es una prueba poderosa de que la selva de entonces era muy similar a la de ahora.

Pero un millar de años no cubre la historia de estas ruinas venerables. El origen de los mayas es más remoto. Mientras no hayamos explorado cada uno de los lugares en que se establecieron y descifrado lo que dicen sus misteriosos jeroglíficos, nuestras especulaciones sobre tal origen no pasarán de meras conjeturas.

La fecha más remota descubierta hasta ahora, la encontró el Doctor Morley en 1916, en las ruinas de Uaxactún, ciudad maya del Norte de Guatemala. El Doctor Morley hizo fijar carteles en diversos lugares de la región, ofreciendo una recompensa de 25 dólares a quien le diera «noticias de alguna ciudad, no descubierta, en que hubiese inscripciones».

Un chiclero que acababa de regresar de la selva respondió a la invitación, informando al arqueólogo que a cinco o seis días de camino había «una ciudad con reyes». Los reyes, por supuesto, eran las

incripciones de figuras humanas y generalmente sólo en los establecimientos de importancia se hallan monumentos con figuras humanas esculpidas.

Morley organizó inmediatamente una expedición y, llevando como guia al chiclero que trajo la noticia, fueron abriéndose camino a través de la espesura hasta encontrar la «ciudad con reyes», en la que se hallaron, y esto es lo que más importa, varios monumentos en que se inscribieron fechas.

La gran antigüedad de las inscripciones era evidente. Muchas de las piedras casi habían recobrado su superficie lisa por la acción del tiempo, pero quedaban aún algunas legibles y, una de éstas, en particular, fué origen de verdadera emoción para quienes la encontraron, en ella habia grabado un jeroglífico en que el ojo experto del sabio leyó inmediatamente una fecha correspondiente al octavo ciclo.

En la cronología maya un ciclo representa un poco menos de cuatrocientos años, y el calendario se computa sobre una base de tantos más cuantos ciclos desde el «principio del tiempo». Antes del descubrimiento de la aludida inscripción no se conocia ninguna anterior al Ciclo Noveno, el que representa una fecha un poco anterior a 3,600 años, contando desde el «principio del tiempo». Así, pues, el descubrimiento de esta piedra del Ciclo Octavo amplió el periodo conocido de la historia maya en casi cuatrocientos años. Hechos los cálculos necesarios por el Doctor Morley para establecer la relación de la aludida fecha con la cronología moderna, se vino en conocimiento de que dicha fecha correspondia al año 68 de la era cristiana.

¡El año 68 de la era cristiana! ¡Vivían aún muchos de los que presenciaron la crucifixión de Cristo! ¡San Pablo habia muerto sólo seis años antes y San Juan Evangelista todavía vivia cuando el escultor de Uaxactún principió a tallar aquella fecha en el monolito encontrado!

Hasta ahora no se ha descubierto ninguna fecha más remota, pero seguramente el año 68 no marca el principio de la historia maya, pues subsecuentes excavaciones demostraron que la plataforma en que el referido monolito se levanta no es la primera construcción que ocupó aquel lugar, sino que se asienta sobre más primitivas estructuras que, al parecer, fueron destruidas en el curso del desarrollo de la ciudad. La construcción de tales estructuras necesariamente se llevó a cabo antes del principio de la era cristiana, sólo que no podemos decir si fueron únicamente algunas décadas o muchos siglos los que contaban de edad cuando Cristo vino al mundo. La búsqueda de fechas más remotas continúa y los exploradores hallan motivos de aliento en la afición de los mayas a esculpir tableros conmemorativos.

Es curioso observar por lo que respecta a estos monumentos en que se inscribieron fechas, que se les encuentra en los lugares meridionales, particularmente en Guatemala y en los estados limitrofes, pero que en Yucatán apenas si ha sido descubierto alguno. En muchas de las ciudades del Sur se inscribieron las fechas en series progresivas con intervalos exactos de cinco años. En otras, de diez, y en algunas de veinte, pero llama poderosamente la atención el inflexible orden de sucesión de las fechas. Se cree que estos monumentos conmemoran ciertos periodos en la historia de las ciudades en que han sido encontrados. Quizá su objeto era solemnizar determinados sucesos cívicos o ciertas festividades religiosas. Pero lo más extraño en cuanto a los repetidos monumentos es que de improviso cesa la inscripción de fechas. Alrededor del año 630 dejando de inscribirse tales fechas y aparentemente sobreviene un periodo de decadencia para las ciudades del Mediodía.

En la misma época se observa en las ciudades del Norte—el Nuevo Imperio, como se llamaba a las poblaciones de Yucatán—un gran auge. No se ha podido averiguar si los pobladores del Viejo Imperio abandonaron sus hogares y la magnificencia de sus ciudades construidas con tan titánico esfuerzo en el corazón del espeso bosque para emigrar hacia el Norte, en busca de tierras más propicias, o si fueron víctimas de la peste, de la guerra o de alguna otra calamidad.

El Doctor Cooke, miembro del Departamento de Estudios Geológicos de los Estados Unidos realizó recientemente un estudio de la región maya y como consecuencia de él, insinúa la posibilidad de que dicha región, en la antigüedad, se hallara sembrada de lagos, en cuyas orillas fueron construidas las ciudades ahora en ruinas. A causa de la erosión de terrenos antes boscosos y después despoblados de árboles por la mano del hombre, los lagos fueron poco a poco cegándose y transformándose en los pantanos que ahora encontramos en época de lluvias. De este modo, la comunicación entre las ciudades—que se realizaba mediante embarcaciones que surcaban los lagos—se hizo poco menos que imposible. Esta transformación de los lagos en pantanos probablemente contribuyó a que invadieran la región mosquitos y enfermedades, y precipitó el decaimiento y el abandono de aquellas ciudades sitiadas por el lodo.

Sean cuales fueren las causas, no cabe dudar de su gran poder, porque a la llegada de los conquistadores ya todas las poblaciones se hallaban en ruinas y los habitantes que encontraron en la región eran simples campesinos a quienes nadie podría suponer constructores de aquellas magníficas manifestaciones del arte y de la ciencia.

Dichos habitantes a la llegada de los españoles, conservaban aún los libros de los antiguos sacerdotes, en los que no es difícil que se contuviera la historia entera del nacimiento y caída del gran imperio. Pero a los europeos no interesaban estas historias del paganismo. «Recogimos de los indios todos los libros que pudimos encontrar y los quemamos con gran pena y tristeza de aquellas gentes»—escribe un piadoso historiador de la conquista.

Tres de ellos se salvaron providencialmente de la hoguera y no hace muchos años que fueron descubiertos en Europa. Se hallan escritos en jeroglíficos ricamente iluminados, pero de dichos jeroglíficos sólo podemos descifrar, sin temor a incurrir en error, fechas y números.

El esfuerzo para resolver el enigma maya sigue en la actualidad dos cauces principales: primero, los trabajos que se realizan tendientes a descifrar los jeroglíficos con el fin de establecer una relación precisa entre la cronología maya y la cristiana y, segundo, el propósito de arrancar las antiguas ciudades a la obra destructora del tiempo y de la selva. Este último propósito tiene manifestaciones más ostensibles y a él debemos maravillas tales como las que ahora podemos descifrar en Chichén-Itzá

Chichén Itzá fué la capital de una tribu poderosa de mayas yucatecas conocida como «los hombres sagrados—los Itzás». Chichén Itzá, literalmente traducido, significa «las bocas de los cenotes de los Itzás» y este significado alude a los tres grandes cenotes circulares comprendidos en el perímetro de la ciudad. De éstos, el más grande es el Cenote Sagrado, adoratorio dedicado al Dios de la Lluvia. Es un inmenso pozo simétrico que se abre en la piedra caliza del subsuelo, una vasta cicatriz de sesenta metros de diámetro. La superficie del agua está a unos veintisiete metros abajo del nivel del suelo y la profundidad, bajo tal superficie, es de otros veintisiete metros.

No es difícil que alrededor de este templo singular, la autoridad sacerdotal haya sido ejercida con severidad excesiva, pues la tradición nos habla de que los Itzás tuvieron que sufrir muy frecuentes ataques. Uxmal y Mayapán eran celosos rivales de la ciudad de los cenotes, pero, además de estas guerras entre las capitales vecinas, dichas capitales siempre estaban expuestas a las invasiones de los toltecas que vivían en las altiplanicies mexicanas.

Las mismas tradiciones refieren que en una de estas invasiones los Itzás capturaron al jefe de los toltecas e inmediatamente lo condenaron a ser sacrificado a su deidad suprema el Dios de la Lluvia. Con augusto ceremonial religioso fué conducido a la plataforma cercana al Cenote Sagrado y arrojado a las verdes profundidades del inmenso pozo. Al medio día los sacerdotes mayas observaron que la víctima flotaba aún sobre la superficie del agua y que no había muerto. En vista de ello resolvieron sacarla de las aguas sagradas y proclamar que el ilustre cautivo había merecido el favor de su deidad, reconociéndolo, en consecuencia, como representante del Dios de la Lluvia.

Este es Kukulcán. El infeliz prisionero condenado a morir en las aguas del cenote se transformó de modo intempestivo en profeta y consejero de sus antiguos enemigos. Se le hizo Gobernador de Chichén Itzá y con este carácter celebró alianzas con Uxmal y Mayapán, alianzas de las que se derivó un largo reinado de paz, de prosperidad y de dicha. Cuando Kukulcán murió, o cuando abandonó aquellos reinos, las ciudades olvidaron sus enseñanzas y la liga que habían formado se dividió nuevamente en facciones belicosas. En una de tantas guerras Mayapán fué destruida al grado de no quedar piedra sobre piedra. Algún tiempo después Chichén y Uxmal fueron abandonados y, a través de los siglos, el bosque y la maleza han logrado agrietar y destruir muchos orgullosos palacios y monumentos y reducir a polvo muchos muros ricamente esculpidos. ¡El bosque recobra sus antiguos dominios! ¡La selva se posesiona nuevamente de lo que la mano del hombre le arrancara!

NOTICIA DE LIBROS

"Diez y ocho Cuentos" de Valentín Dávila Barrios

Por Carlos Wyld Ospina

La devoción fraternal de unos pocos compañeros y amigos de Valentín Dávila Barrios, nos ha ofrecido el primer libro de este escritor guatemalteco. El primero y póstumo libro. Que yo sepa, Dávila Barrios nunca recogió en volumen su obra literaria. La dió, con humilde perseverancia, a los periódicos locales. Y como esto casi equivale al ineditismo, lo prueba el hecho de que a Dávila Barrios no se le aplaudió en vida y se le comienza a admirar en muerte, con sólo el aparecimiento de sus «18 Cuentos», en un haz de páginas. ¿Será porque la prensa diaria se lee muy poco? Al contrario. Puede calcularse honestamente que el noventa por ciento de nuestra gente no lee más que periódicos. El diez por ciento restante, también lee periódicos, pero además suele leer libros, y lo que resulta más raro, comprarlos y no pedirlos prestados a sus autores o a los amigos complacientes. Entonces... ¿qué? Acaso sea porque la literatura, y especialmente la novelesca, está fuera de ambiente en el periódico.

Algunos nos abstenemos de leer cuentos en los diarios por no sé qué vaga desconfianza, como si el cuento de periódico fuera forzosamente malo. Otros tampoco los leen, por pereza o falta de tiempo. El lector de diarios va derecho a las noticias: el deportismo, el atletismo, los cablegramas amenazadores de Europa, las informaciones locales y las «notas de sociedad». Con esto, se harta de lectura. No le queda tiempo ni humor para tragar literatura, y menos literatural «nacional». Y aun aquellos escasos lectores que, según infiero, leen el periódico de pitón a rabo, no saborean debidamente los cuentos o novelines. No son culpables, en mi sentir. La literatura estampada en la hoja efímera, no puede gustarse a derechas. Su condimento singular, su sabor de postre o licor de sobremesa, se pierden servidos en forma y lugar inadecuados. Todo esto podrá parecer una sutileza más o menos caprichosa; pero lo cierto es que el caso de Dávila Barrios, como tantos otros, prueban que el literato que no llega al libro, no es aquilatado, o, usando el lenguaje de los deportistas, «no clasifica». A veces, para llegar al libro, hay que morirse; y entonces las probabilidades de una estimación pública calurosa suben de grado. Siempre estamos dispuestos los *chapines* a admirar al que se muere; y caemos en el fetichismo, de bruces, como los musulmanes en la mezquita, si al muerto «se» le publica un libro, un libro que él no quiso o no pudo publicar.

Al circular los «18 Cuentos», editados por la «Unión Tipográfica», muchos de los que nunca leyeron o siempre desdeñaron las producciones del autor, se han convertido, *ipso-facto*, en sus fanáticos:

—¿Usted no ha leído los cuentos de Dávila Barríos?—me preguntaba una persona ilustradisima.

—Conozco algunos por los periódicos...

—¡No, hombre, no! ¡Qué periódicos ni qué india envuelta! Yo me refiero al libro de Dávila Barrios que acaban de editar y es la novedad del dia.

—¿Cómo novedad? Me parece que ese libro está formado con cuentos ya publicados hace muchos dias...

—¡Eso no importa! Lea el libro y verá qué maravilla...

Y otro amigo, de ponderado gusto clásico:

—¿Ya leyó usted los cuentos de Valentin? ¿No? ¡Claro está: ustedes los literatos siempre se ignoran entre si! No hay derecho.

—¿Y usted dónde leyó esos cuentos?

—No los leí yo, pero me habló de ellos alguien que leyó el libro recién publicado. Y se me asegura que hay algunos dignos de Maupassant, salvando las distancias...

Compré el libro y lo leí. Para mí era inédito, a causa de mi saludable práctica de rehuír la literatura periodística.

Es cierto. La sombra de Maupassant pasa veloz por algunas de esas páginas. Dávila Barríos captó, como los buenos, el sentido trágico de la existencia humana. La vida, para él, fué un espectáculo grotesco o macabro. Una de dos, o ambas cosas a la vez. Dentro la vida, sólo un fenómeno le pareció importante, quizá por sentir que en él se sintetizan todos los fenómenos químico-biológicos: el amor. Y, para ser más estricto aún, enfocó su percepción hacia un solo aspecto del amor, quizá por creer que es el único sustantivo, mientras los otros son apenas desviaciones o trasuntos del aspecto positivo: el amor de macho y hembra.

No hay más en la literatura de Dávila Barrios. Para acabar de simplificarlo todo, ni siquiera se cuidó de cultivar un estilo, o por mejor decir, una manera personal de expresar las cosas. Su manera de expresión es la de todos: adocenada, por serie —manera del lugar común. Sus tramas novelescas, a menudo inverosimiles o francamente arbitrarias, dejan patas arriba a la psicologia. Las situaciones las resuelve el autor a su modo, con la misma independencia y simplicidad. Es un literato a quien no le importa la literatura. Usa de ella como de un medio escueto de expresar lo que se le antoja, lo que ve o cree ver en los hombres. De pronto, esta visión resulta extraordinariamente exacta, calcada en la vida, y el arte aparece por escotillón, sin que el autor requiera su presencia. Tal en cuentos como el que encabeza el libro: *Hojas al Viento* (Del diario de una mecanógrafa), que es algo tan naturalista, con tanto calor real y sangre de verdad, como las páginas de los Zolá y los Maupassant. Otros cuentos son folletinescos. Otros decididamente exóticos, afrancesados hasta en los nombres y apelativos de los personajes. El asunto puede ser criollo, pero muy pocas veces lo es en ambiente. Del ambiente, sólo se recoge lo anímico. Ausencia casi absolutamente de paisaje. Pasión, alma, carne, fatalidad. El mundo exterior no cuenta. Nunca falta un tipo anormal en esas ficciones. Nunca falta, tampoco, un final grotesco, trágico, absurdo o irónico, aunque sea necesario para ello violentar las circunstancias naturales.

Sin embargo, Dávila Barrios poseyó un verdadero talento de novelista. Su madera de tal es auténtica. Estos «18 Cuentos» conmueven, y creo que más intensamente a las hembras que a los varones. Toda esa arbitrariedad de carne y alma se hace lógica en el misterioso espíritu femenino. No hay arte mayor, pero hay vida, aunque con frecuencia en dimensiones antojadizas; y como la mujer ve así la vida, presumo que Dávila Barrios tendrá sus mejores aficionados entre las mujeres, tanto más si están tocadas de histerismo. No sonrías, lector suspicaz: el histerismo puede ser, y es en ocasiones, superlucidez.

Guatemala, marzo de 1935.

Julio Verne

Por Rafael Arévalo Martínez

Hace pocos años se cumplió el centenario del nacimiento de Julio Verne, que vino al mundo en 1828.

El popular escritor fué el compañero amable y querido de mi infancia, deleitó mi adolescencia y hoy recrea mi edad madura. A los cuarenta años lo leo con el mismo encanto y deleite con que lo lei cuando apenas contaba ocho.

Creo que debo algunas de mis mejores conquistas morales a haber abrevado en la salutifera fuente del recluso de Nantes. Conquistas de energia y perseverancia en el esfuerzo, de fe en la vida, de confianza en Dios y de alegria.

Forzosamente el muchacho que se relaciona con los amables, con los sanos, con los activos personajes de Julio Verne, adquiere algunos de sus excelentes atributos, por aquella ley moral de que tendemos a la imitación, y de que admirar es aprender.

Ah, pocos, muy pocos años tenia yo, cuando mi padre puso en mis manos las fantásticas creaciones de Verne, y aun me parece ver a mi pequeña persona sentada en una silla no muy alta, ante el grueso libro que descansaba sobre un sofá de la casa paterna. Habia emprendido la lectura de las «Aventuras del Capitán Hatteras», de «Cinco Semanas en Globo», de «Un viaje al Centro de la Tierra», con tal avidez y tal ahinco, que mi madre adoptó una sabia precaución: la de señalarme dos horas como el máximum de tiempo que podia emplear para seguir a Verne en sus fantásticos viajes. Cuando llegaba el minuto número ciento veinte de mi lectura, y deseaba con anhelo proseguirla, invariablemente unas manos solicitas tomaban el libro de las mias y lo encerraban bajo llave en la libreria de mi padre. Asi, a ración diaria, ingeri la vianda de lo maravilloso. Asi lei, hasta llegar a «La Isla Misteriosa», la colección completa de las obras de Julio Verne, que hace cuarenta años circulaba por los hogares.

Una colección completa, bastante incompleta por cierto, pues el escritor vivía y con el tiempo hubo de duplicar el número de sus obras contenido en aquella edición castellana que yo leí de niño. Después, ya joven, ya hombre, qué fervorosa búsqueda la mia, de las obras aun no leidas, de mado escritor. En el transcurso de los años, lei muchas más, hasta llegar, por referencias, a saber que únicamente no conocia seis del enorme acervo de Verne. Estas seis eran las siguientes: «Las Historias Maravillosas de Juan Maria Cavidoulin», «Los Maravillosos Viajes de Antifer». «Kerabán el Testarudo», «El Archipiélago de Fuego», «Un Descubrimiento Prodigioso» y César Cascabel». El escritor ya habia muerto y yo esta vez tenía la seguridad de que sólo me faltaba conocer de su obra las referidas narraciones. Un día, ¡oh encanto! ví en la casa de mi noble amigo el Doctor don Federico Mora, las obras completas de Julio Verne, edición de S. de Jubera Hermanos. ¡Oh, con qué avidez me constitui durante largas horas en la libreria del sabio Doctor, y me di el placer, la fruición, de meter mis manos hasta los codos en aquellas numerosas cestas que contenian mi pan de lo maravilloso!

De esta manera, prestadas por su dueño, lei las pocas obras que me faltaba conocer.

Proto averigué que aquella regia edición—en catorce tomos, profusamente ilustrados—con todas las obras del autor (esta vez de veras todas), que pasan de ciento, se encontraba en las librerias de la ciudad.

Hoy, esta colección, se encuentra en las Bibliotecas Públicas, al alcance de los colegiales modernos, más felices que sus progenitores en muchos órdenes de cosas.

* * *

He leido muchos juicios críticos sobre el gran novelista y de pocos he quedado contento. Aunque tengo la intuición clara de que la critica en alguna parte le ha hecho justicia, la expresión de esa critica justa no ha llegado a mi pais natal o por lo menos, no ha llegado a mis manos.

Algún escritor, comentando la profusa obra de Verne, afirmaba de él:

«Tuvo una media ciencia y se puso a tono con la media ciencia general: por eso fué tan leido. Pero hoy lo hemos dejado de mano para entregarnos a las inquietantes, a las conturbadoras visiones de Heriberto J. Wells».

Y hace pocos dias, lei un comentario de la obra del gran autor francés, compuesto por un autor desconocido que tampoco me dejó satisfecho, pues se limita a hablar del maravilloso éxito de libreria de los libros de Verne, traducidos a todos los idiomas; de su inimitable interés, que en cada capitulo tiene una emoción que sobrepasa a la precedente en efecto sensacional, hasta llegar al fin, en que se encuentra la más intensa de todas; y de su fundamental salud que nos permite ponerlos, sin escrúpulos, en manos de la juventud y de la niñez. «Era incapaz de delinear emociones humanas»;—dice de Verne el incógnito comentarista—«existe escasa diferencia entre sus héroes y sus villanos. Sus mujeres, criaturas sin sexo, se mantienen en segundo plano».

No; Julio Verne, el enorme, el delicado escritor, tan lleno de gracia, fué algo más, y merece un comentario cálido y entusiasta, y no esta fria y casi despectiva negación. Pero no es mi ánimo hacer un serio examen de su obra, sino limitarme a presentar algunos de sus más interesantes aspectos, dejando a un lado los innegables de interés, de éxito de librería, de divulgación científica y de pro-

fética visión del porvenir, por haber sido tratados innumerables veces hasta ser ya por completo del dominio popular. No; yo hoy únicamente quiero insistir sobre la bondad cardinal del gran poeta de lo maravilloso, y sobre su gracia inimitable.

Lo que más se ama en el *Quijote* es el noble espíritu del buen caballero Cervantes irradiando en todas las partes de su obra la caballerosidad, la lealtad, la serenidad y la elegancia. Lo mismo puede decirse de Julio Verne. Lo que más nos enlaza a sus portentosas obras de aventuras, es el buen caballero francés, lleno de una bondad inmarcesible, que asoma en todas ellas y que nos llena y conforta el alma. La pureza de su vida trasciende de su obra, querida y familiar como la casa paterna, e influye en la vida toda del hombre feliz que lo tuvo en sus manos en edad temprana. Julio Verne es el gran educador de la humanidad. El, y Edmundo de Amicis, amables apóstoles, han hecho el mundo mejor.

Y luego su graciosa sonrisa.

Otro aspecto de su obra que menos ha provocado la atención de los críticos, es este de sus deliciosos personajes cómicos. Todos se parecen, como los miembros de una misma familia; pero todos son lo bastante desiguales para prender nuestras almas juveniles con primaveral encanto. El primo Benedicto, gracioso coleccionador de insectos; Paganel, asombroso de distracción; Joe, en «Cinco Semanas en Globo»; el profesor Lindenbrock, en «Viaje al Centro de la Tierra».. Cien tipos graciosos más de su obra constituyen la compañía más provechosa y agradable que se puede procurar a un niño. Son como una sonrisa de la vida, y la humanidad ya los cuenta entre las buenas cosas que ayudan a soportarla, como el juego universal de la cometa o del escondite, o como la alegre pascua de Navidad.

No hay noble espíritu que a medida que crece su nobleza no adquiera una manera más acentuada de sonreir a la vida; todos los hombres verdaderamente meritorios han tenido esta amable ironía que no es la de la burla hiriente, atributo de espíritus malsanos, sino un piadoso bálsamo que se aplica a la existencia. En esta risa de los espíritus magnánimos hay valor y hay bondad. Es tan frecuente en ellos, que parece carácter distintivo de un espíritu excelso. Julio Verne supo reir y sonreir así.

Una legión de inventores ha tenido su origen en la lectura de las obras de Julio Verne. Lo acaba de reconocer públicamente una Academia francesa.

Para concluir, diré que sus figuras de mujer, «criaturas sin sexo», según el crítico citado, a las que se niega precisión y contornos y se las llama copia de la vida, son sencillamente encantadoras ¡Ah, y cómo iluminan algunas de sus mejores narraciones! ¿Qué sería de la deliciosa historia de Miguel Strogoff sin Nadia? ¿Qué sería del «Viaje al Centro de la Tierra» sin la tierna Grauben?

En pocas narraciones de Julio Verne falta una figura de mujer. ¿Indecisa? Sí. Como los sueños de un adolescente. Pero, ¿nuestro mejor amor, no quedó en los sueños de la adolescencia?

Oración Quechuí (Dialecto Maya) de la Tierra de las Nahuyacas

De Carlos Wyld Ospina

Carlos Wyld Ospina, escritor guatemalteco, armado de las lanzas de su erudición ataca todos los problemas: sociales, políticos, económicos, literarios, sexuales, adivinándose en su amena prosa la cultura estética de un poeta.

En La Tierra de las Nahuyacas hace reminiscencias de los padres mayas, de sus astrónomos, de sus labriegos y sacerdotes que «cultivaban la paz como suprema flor de su cultura». Nos habla de ese indio de América que hoy no es más que la elegía muda de una raza que ha ido perdiendo suelo en la propia tierra, que fué toda suya y que no le reconoce más; de ese ser que ni siquiera exhala el resentimiento de su alma perseguida, defraudada, atormentada como no sea en la queja de un yaraví, sólo expresivo, acaso, para quienes tenemos la visión de su tragedia; sólo emocionante para quienes podamos interpretar su espíritu agotado desde los primeros días de la conquista.

Refiriéndose a los kecchis (los que hablan kecchi —dialecto del kiché o de antiguos idiomas de origen maya—) a sus mitos, a sus tradiciones y costumbres, nos deja oir en el propio dialecto la oración íntima del sembrador, cuando colmado de unción, realiza el acto copulativo y sacro del «maíz milenario que levanta y mantiene a la raza desde los avatares lejanos hasta estos días de esclavitud» con el regazo maternal de su propio lar, de su tierra auténtica, de su patria única y genuina.

Esta oración con tan gran encanto lírico bien podría ser una página de «El Jardinero» de Tagore. Ante todo, tiene la ventaja de ser típica, de fondo autóctono, mostrando por eso mismo algo de profundo, de íntimo y de no enajenable en la tendencia invencible de apropiarnos todo lo que viene de Europa; de consiguiente, es literatura original, especificante pura, porque proviene de pueblos creadores de su propia civilización, que tienen un alma

sin mezcla como su sangre, una manera de ver al mundo y al hombre y un sentido de la vida y de la muerte desde hace miles de años.

Hela aquí:

«Cha cuy in mac, át in yuguá; tin áuc! In chal in chol tin guan lin china cal; macuá chirrix lin chol tin áuc; chan rru naj tin guau, jocán ajcuí naj chi élk. Anajcuán tin cat jún in gutzu-új ruhél la huoc. Macá chic nin coxlá: cajcui lin china cal nin coxlá. Cha ké la milagro, át in yuguá: in chal ín chol naj ta élkn china cal !Chan ru káchutub kib anajcuán jocán ta cuí nal chi élk.»

«Perdóname, oh mi dios, voy a sembrar! Me viene del corazón sembrar mi pequeña milpa. No es detrás de mi alma que la siembro; que salga (la milpa) así como la siembro; voluntariamente. Ahora quemaré mi ofrenda a tus pies. En nada más pienso; sólo pienso en mi milpita. Haz tu milagro, oh mi padre! Alegrará mi corazón que salga mi milpita; que así como para sembrarla nos juntamos, nos juntemos también (los sembradores) para cosecharla!»

(De "Ibero-América", Berlín, noviembre de 1934.)

Los grandes Escritores de América. Santiago Argüello

Por Zahorí

Santiago Argüello, que es —muerto Rubén Darío— la primera figura literaria de Nicaragua, ha comenzado recientemente en Guatemala, donde reside desde hace algún tiempo, la publicación de sus obras completas, merced a la munificencia del ilustre Presidente de aquella República, General don Jorge Ubico. El caso merece la pena de referirse, porque no es frecuente en estos tiempos. Pero mejor será que lo explique el propio Santiago Argüello, aunque cometamos la indiscreción de reproducir parte de una carta particular suya, dirigida a Eduardo de Ory, nuestro querido Director. Dice así el genial escritor nicaragüense en carta dirigida a éste:

"Yo tenía una proposición editorial de una casa cubana que quería editar todos mis libros inéditos; y ya me disponía a hacer un viaje a La Habana, para firmar los contratos, cuando el General Ubico creyó conveniente que fuera Guatemala la que hiciera esas publicaciones. Fué algo que nació de él, sin ninguna sugestión ajena. La prensa de gran parte de América lo ha enaltecido con artículos admirativos por ese gesto nobilísimo."

Realmente, el gesto del egregio Presidente de Guatemala merece el más entusiasta elogio, pues no es cosa que se prodiga, desgraciadamente. Verdad es que Santiago Argüello lo merece todo: por su talento, por su prestigio y por su laboriosidad.

A continuación reproducimos una carta que un eximio literato costarricense ha dirigido al Doctor Argüello con motivo de su libro "El Divino Platón", publicado recientemente:

Sobre motivos de "El Divino Platón"

San José, Costa Rica, 8 de noviembre de 1934.

Señor don Santiago Argüello. —Guatemala.

Mi admirado amigo y compañero:

Tengo en mis manos los dos volúmenes de su "Divino Platón". ¡Como si tuviera una estrella! Nunca me ha estorbado más el ajetreo diario de los negocios profesionales como ahora, que necesito estar en paz para sentarme a leer su libro. Hágole el homenaje de dejarlo todo, y le consagro a usted las horas. ¡Y se llena de luz mi espíritu! Gracias, Maestro, gracias.

Usted ha visto a Platón "como reflector de lo infinito". Usted ha intuído su Verdad con la mente de un dios, iluminado por el amor a su sabiduría. Vuelo de águila el suyo; y, a la vez, ablución celeste, emanación deífica, soplo profético.

Allí, en la evocación del Filósofo Amado, la pluma de usted se baña en la Ternura infinita que guarda la Vida para las grandes Creaciones.

Fecunda y bella la de usted. Tanto, que ella hace el trabajo de abrir la comprensión para acercarse al Filósofo divino.

Se pone usted en un lugar preeminente entre los creadores de espiritualidad. Usted les quita a los Farney "el teléfono inútil", y les revienta una aurora de esperanza donde estuvo la opacidad de su sordera. Usted llega a poner al que lee, de cara a la luz, y lo conduce a la Realidad, fuera del engaño visionario, como exégeta de la *República* platoniana, en el pasaje trascendente de la Caverna Subterránea. Usted revela a los hombres "que la Realidad es aquello que no es afectado por el tiempo"; que lo Real es lo espiritual; y que quien comprenda y viva esto, pone los pies en el Sendero...

Ha hecho usted, en fin, que sea captable, asequible, el esoterismo del Maestro, que muchas *mentes prácticas* no pueden intuir.

Obra ingente, obra generosa, de tan felíz realización, que uno admira en usted, a la par, su devota dedicación al Maestro y su constancia y fuerza para haber logrado trasegar el espíritu de su obra para los demás.

Por ejemplo, el plan del libro, el ordenamiento del asunto, ¡qué conocimiento de la doctrina platónica revela! ¡Qué comprensión de sus enseñanzas!

Y, por sobre todo, como un arco-iris sobre esta floresta del pensamiento superior, corona su obra enorme el estilo suyo, vivo, palpitante, alto, grávido de Verdad, trémulo de Amor; lo mismo al fustigar "a las hormigas de la letra que mata" o al descubrir a los doctos que padecen de "inercia mental", que al hablar del nacimiento de este Hombre cuasi mitológico, Espíritu de la Harmonia, Precursor de Jesús.

Usted lo hace a uno amar más, por el conocimiento, a este ungido de los dioses; y se confirma así —a través de su libro—, lo que decía Swedenborg: que a las cosas humanas se las ama conociéndoselas, como a las cosas divinas se las conoce amándoselas. Pues que aquí Platón es divino y humano, usted ha logrado que se tenga de él un conocimiento pleno, que es, además, sentimiento inefable de amor a lo alto, de arrobamiento infinito.

Viene usted a ser, así, *un liberador de la conciencia*, como el Instructor del Mundo a que se refiere usted, el amado y aun incomprendido Krishnamurti. Porque cierto es que, así como Platón hablaba por la boca de Sócrates; y que así como habló después por la de Jesús, y como había hablado antes por las de todos los grandes Instructores. así es el mismo el que hoy habla por la boca del joven indo que proclama la Religión de la Vida.

¡Qué importa a la Eternidad y a la Verdad que Víctor Cousin hallara, en su *eclecticismo filosófico*, retardada la muerte de Sócrates, y que deseara la unanimidad de consenso en los jueces que lo condenaron! ¡Qué importa que otros "pensadores", en boga actualmente, hablen de la "beateria de lo griego", si existe el Impulso Creador, indestructible! ¡Si hay apóstoles como usted, que se dan a su Evangelio con dignidad y con talento supremos!

Y, por último, mi admirado Poeta, dígole que ha hecho usted la obra de reivindicación más hermosa y más propia, que nadie hubiera podido hacer. Es usted allí, como Platón, pensador y lirida a la vez. Su sabiduría embellece; su poesía enseña.

En prosa, viene usted a ser en este libro el Poeta trascendente, de Ritmo Creador, de visión celeste, a quien hemos de agradecer siempre este regalo incomparable de sus dos volúmenes sobre Platón, que más parecen las dos alas del Espíritu animando la Verdad Eterna!

Le envío, pues, en esta carta, apresuradamente, mi congratulación —honda, sincerisima—, mientras puedo hacer de su obra lo que ella merece.

Ahora sólo he querido darle una primera impresión, en cuanto la he leído, y ya sé que ha de madurar en los espíritus que la lean, a la vez que grande admiración para su esfuerzo meritísimo, una nueva posibilidad para comprender a Platón, lo que será el mejor laurel para su frente de Pensador-Poeta!

Muy estimador y amigo de usted.

Rogelio SOTELA

(De "España y América", Cádiz, enero de 1935.)

Diez y ocho cuentos de Valentín Dávila Barrios

Parte de su Labor Literaria Rescatada

Por David Vela

Pasan las páginas, pasan... como los días que el viento del tiempo desprende el exfoliador; pero estas hojas no dispersan la emoción del escritor muerto, sino la conservan en póstuma afirmación de sus afanes truncos, sus frustrados ensueños, su gran ansia de vivir —suprema hoguera—, que un soplo helado apagaría de pronto. Este libro, ya lo ha dicho inteligentemente Balsells Rivera, atrae nuestra atención hacía dos polos distintos, "porque significa un nuevo y valioso aporte a la bibliografia guatemalteca" y "porque es algo así como la tarjeta de despedida de un literato joven que se fué antes de realizar materialmente lo que su espíritu y su temperamento habian agigantado en el ensueño".

A raíz de la muerte de Valentín Dávila Barrios, en un elogio justo, respaldado por el nombre le César Brañas, lamentábase que la obra de aquél quedara dispersa y sin revisión; mas los amigos y admiradores del escritor desaparecido no fueron sordos a la generosa advertencia y con espontáneo altruísmo contribuyeron a la edición de "18 cuentos", quizá la mejor manera de tributar un homenaje póstumo al autor y, a la vez, satisfacer una responsabilidad moral de contemporáneos, obligados a significar los valores de su época para conocimiento de ulteriores generaciones. Es así como se salva de ingrato olvido parte de la obra de Dávila Barrios, aunque todavía queda inédito otro tomo de cuentos, que él pensaba intitular "Mosaico", y una novela histórica, "El Atentado", basada en el que se ha llamado por antonomasia "de los Cadetes", por haberlo éstos fraguado contra el régimen tiránico de Cabrera. Ya Marroquin Rojas trató el asunto en un libro, pero Dávila Barrios lo superaba con su ap-

titud para el género novelesco, que atestiguan sus cuentos y novelas cortas, entreverando fantasía e historia, realzando el dramatismo de los acontecimientos y reconstruyendo con fino espíritu de observación el ambiente social durante el Gobierno de Estrada Cabrera.

Tiempo y ambiente defraudaron a Dávila Barrios, negándole la oportunidad de desenvolver sus aptitudes. Sin embargo, su actuación como estudiante y sus escritos bastan para perfilar con claros tintes su limpia e interesante personalidad. Sincero y firme en sus convicciones; entusiasta y desinteresado; valiente, hasta un poco exaltado, para expresar su pensamiento; laborioso y honesto; pasa sin tacha, como hombre y ciudadano. Aunque había alcanzado la madurez, jamás se enfriaron en él los ideales que agitaron su juventud y lo destacaron en la vida, intensa entonces, de las aulas universitarias.

Como escritor fué siempre modesto y sincero. Pudo espantar al burgués y darse tono vistiendo modas literarias, mas prefirió ser ameno y sencillo; desdeñar los favores de la élite para hablar a la comprensión de todos. Por ahí quedan, en las páginas de los periódicos y en los álbums de las mujeres bonitas, sus versos intensos y un tanto románticos, que podrían situarse entre las primeras y raigales tendencias del modernismo; sin embargo, de preferencia cultivó la prosa, abundante y sana, explotando los temas que al paso le ofrecía sin reticencias la vida, como en "Hojas al Viento", "Ellas", "El Aderezo", etcétera; otras veces, su mirada ahonda en la psicología de personajes complicados develando el íntimo juego de las pasiones: los celos tremendos, rojos de venganza, que determinan la catástrofe de "El Avión de la Muerte", el rapto de René en "Sirenas"; las recias figuras de los Brosard en "Sendas Extraviadas"; llega a tener aciertos de gracia y finura, como en "Atavismo", que nos recuerda las intenciones de un Maupassant; en fin, en ocasiones su fantasía vuela entre penumbras de misterio y corta "La Rosa Negra" en el jardín vedado de la muerte, en cuyo perfume ya aspira la dolorosa profecía de su perdición en los brazos de la "estupenda reina de la sombra"...

Es lástima que Dávila Barrios no haya tenido tiempo para revisar y seleccionar sus originales, pues lo abrumaba su propia fecundidad. Lo vimos escribir de corrido, horas enteras, sin releer siquiera las cuartillas, que aún cálidas de emoción entregara a las prensas. Sus cuentos quedaron así escritos de primera intención, sin que la autocrítica depurase el abundoso fluir de sus ideas. No obstante, en la novela que deja inédita hay sin duda ese cuidado, corrigió mucho y rehizo algunos capítulos. De todos modos, sus cuentos están llenos de vida, reflejan hombres y cosas con honradez de espejo, fijando esas incidencias del existir que en general parecen superficiales e insignificantes, en tanto que nosotros mismos no pasamos por la prueba y vemos en ese espejo desfigurarse nuestro rostro por el secreto juego de las pasiones.

"18 Cuentos" es un libro ameno y digno de conservarse en los anaqueles de la literatura guatemalteca, no sólo como recuerdo de Dávila Barrios, sino porque en el suave fluir de su prosa, con la imparcial y sosegada representación del ambiente, corre un caudal de certeras observaciones, delicada ironía y optimista esperanza; en suma, la vida misma, sin prendidos literarios ni exageraciones efectistas, jocunda siempre, en toda la naturalidad de sus tragicómicas incidencias.

Carmen Brannon (Claudia Lars)

Por Lydia Valiente

Ojito de agua que se desborda en la suave obscuridad de una selva virgen. Tersura de canciones del arroyo cantarino, dulzura de los panales plenos de miel de nuestros trópicos lujuriosos, gorjeos de pajarillos en sus nidos balanceados por el viento. Estrellas que enhebran la melancolía de su luz, en hilos de invisibles e irrealizables ensueños.

Todo es ella, porque ella es múltiple, tiene el divino pecado de ser árbol y ser alondra, de darse al viento en la belleza de sus canciones y armonías, de darse al viento como se da la fuente en la soledad ardorosa de los caminos reales y desiertos. El divino pecado de ser artífice de la palabra, no porque en su anhelo de grandeza busque ella en el laberinto de las frases alambicadas, sino sencillamente, porque con la sencillez de todo lo que es bello, da a las palabras el sentido de la armonía, da a las frases el maravilloso poder de saber encontrar el camino del corazón.

Y ella es así... Madre, culmina en ella el amor ardiente hacia las manecitas blancas, es un surtidor de ensueños volcado sobre los bucles de una dulce cabecita rubia, se embriaga con infinitas embriagueces en los ojitos que lloran, en las pupilas que sonríen, y los piececitos van marcando un nuevo derrotero de ilusiones en el derrotero de su vida grávida.

Canta la carne, la suprema oblación de la vida, sus entrañas desgarradas tienen el grito del júbilo, canciones de campanas que en Sábado de Gloria revolotean en el viento.

Y así va ella... toda armonía, toda ritmo, todo cantar excelso. Su vida es la música armoniosa de las palabras que cantan, divina tejedora de armonías, son sus telares; ilusiones, y las madejas de seda las impresiones que la vida deja sobre la sutilidad de su espíritu.

Y es ella un violín cuyas cuerdas están siempre tensas, tensas en su máxima tensitud, el más leve beso del viento, la caricia más delicada de un pensamiento no expresado, la obligan a ella a vibrar, la obligan a lanzar al viento sus canciones y a derramarse en armonías.

Y ella no se parece a ninguna otra escritora, y ella en su musa no tiene resabios de nadie, porque es ella única, porque su maestra no ha sido nadie más que la vida, y sus libros las páginas de su propio corazón.

No le preguntéis a la chiltota de nuestros campos por qué tiene el color tan amarillo, no le preguntéis al zinzontle de nuestras tierras por qué su canto es tan bello... No querráis saber el por qué del ritmo de los ritmos, ni el por qué de la belleza absoluta. No le preguntéis, no, a ella, por qué su vida es una sola canción, por qué sus frases floridas llevan en sí mismas la música que es a modo de un pericardio que las acaricia y las cubre.

Y así va ella, divina mazorca de ritmos, divina mazorca de ensueños, divina mazorca de armonías musicales.

Y así ella, girón de gloria para las letras latinoamericanas, bandera de desafío a la materialización del tanto por ciento de nuestros tiempos.

Y así va ella... tejiendo... tejiendo con hebras de luz de todo color la trama de un delicioso y delicado vivir.

EL GRITO

De Gabriela Mistral

¡América, América! ¡Todo por ella porque todo nos vendrá de ella, desdicha o bien!

Somos aún México, Venezuela, Chile, el azteca-español, el quechúa-español, y mañana, cuando la desgracia nos haga crujir entre su dura quijada, un solo dolor y no más que un anhelo.

Maestro: enseña en tu clase el sueño de Bolívar, el vidente primero. Clávalo en el alma de tus discípulos con agudo garfio de convencimiento. Divulga a la América, su Bello, su Sarmiento, su Montalvo, su Martí. No seas un ebrio de la Europa, un embriagado de lo lejano, por lo lejano extraño, y además caduco, de hermosa caduquez fatal.

Describe tu América. Haz amar la luminosa meseta mexicana, la verde estepa de Venezuela, la negra selva austral, dilo todo de tu América; di cómo se arranca la perla en el Caribe, cómo se puebla de bancos la Patagonia.

Periodista: ten la justicia para tu América total. No desprestigies a Nicaragua para exaltar a Cuba; ni a Cuba para exaltar a la Argentina. Piensa en que llegará la hora en que seamos uno, y entonces tu siembra de desprecio o de sarcasmo te morderá en carne propia.

Artista: muestra en tu obra la capacidad de finura, la capacidad de sutileza, de exquisitez y hondura a la par, que tenemos. Exprime a tu Lugones, a tu Valencia, a tu Darío y a tu Nervo. Cree en nuestra sensibilidad, que puede vibrar como la otra, manar como la otra la gota cristiana y breve de la obra perfecta.

Industrial: ayúdanos tú a vencer, o siquiera a detener la invasión que llaman ofensiva y que es fatal, de la América rubia que quiere vendérnoslo todo, poblarnos los campos y las ciudades de su maquinaria, sus telas, hasta de lo que tenemos y no sabemos explotar. Instruye a tu obrero, instruye a tus químicos y a tus ingenieros. Industrial: tú deberías ser el jefe de esta cruzada que abandonas a los idealistas.

¿Odio al yankee? ¡No! Nos está venciendo, nos está arrollando, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué odiaríamos? Que odiemos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y de oro: a su voluntad y a su opulencia.

Dirijamos toda actividad como una flecha hacia este futuro ineludible: la América española una, unificada por dos cosas estupendas: la lengua que le dió Dios y el Dolor que da el Norte.

Nosotros ensoberbecimos a ese Norte con nuestra inercia; nosotros estamos creando, con nuestra pereza, su opulencia; nosotros le estamos haciendo aparecer, con nuestros odios mezquinos, sereno y hasta justo.

Discutimos inacabablemente, mientras él hace, ejecuta: nos despedazamos mientras él se oprime como una carne joven, se hace duro y formidable, suelda de vínculos sus Estados de mar a mar; hablamos, alegamos, mientras él siempre funde, asierra, labra, multiplica, forja; crea con fuego, tierra, aire, agua; crea minuto a minuto, educa en su propia fe y se hace por esa fe divino e invencible.

¡América y sólo América! ¡Qué embriaguez semejante futuro, qué hermosura, qué reinado vasto para la libertad y las excelencias mayores!

La Universidad Nacional de Guatemala

El fundador de la Universidad de Guatemala fué el Licenciado don Francisco Marroquín, primer Obispo de la diócesis de Centro América. El dejó cuantiosos bienes para fundar la Universidad, en 1563.

El Capitán don Pedro Crespo Suárez, Correo Mayor del Reino, instituyó un legado de importancia con el mismo fin.

La Universidad fué legalmente erigida hasta el año 1679, aunque con los legados del Obispo Marroquín y del Capitán Crespo Suárez fueron iniciados los estudios superiores en los conventos de Santo Domingo y de San Francisco. Los estudiantes tenían que ir a México a recibir el doctorado por carecer de personalidad propia la naciente Universidad.

Carlos II el Hechizado firmó los estatutos de la Universidad Pontificia de San Carlos Borromeo; y las Cátedras fueron sacadas a libre oposición en esta ciudad de Guatemala, en la ciudad de México y en España, de donde vinieron los primeros Maestros que habrían de regentear las cátedras. Los Estatutos Universitarios fueron promulgados el 6 de junio de 1680. La Universidad de San Carlos tenía los mismos privilegios y dignidades que las de México y de San Marcos en Lima.

Los estudios se hacían en latín y comprendían el Derecho Canónico, las Instituciones de Justiniano, Filosofía y Artes, Teología Moral, Lenguas Indígenas, Anatomía, Aforismos de Hipócrates, Astrología.

El personal universitario se componía de los Bedeles, el Secretario y Tesorero Síndico, los Maestros de Artes, los Doctores Médicos y Teólogos, los Canonistas y los Legistas. Los Doctores debían ser Caballeros y tener armas heráldicas, portaban espada y calzaban espuelas en las grandes solemnidades.

Las disputas escolásticas ocuparon muchos años las actividades universitarias. La filosofía de Santo Tomás de Aquino imperaba en la intelectualidad de aquellos tiempos. Por anacronismos inexplicables se enseñaba el puro derecho romano antes que las Instituciones de Indias... Las ciencias experimentales eran desconocidas y un general empirismo mezclado con absurdas consejas informaba los conocimientos médicos, auxiliados por la farmacopea indígena formada por la observación y experiencia de multitud de plantas medicinales más o menos conocidas.

Sin embargo, las ciencias médicas y naturales alcanzaron rápidamente grandes progresos, e ilustres hombres de ciencia salieron de la Universidad Nacional para dar honra en el extranjero o en la Madre Patria al Reino de Guatemala: el Doctor Juan José Flores (1780), amigo de Lalande y de Laplace, dió conferencias en la Academia de Ciencias de París e hizo experiencias sobre electricidad; cultivó amistad con uno de los hermanos Montgolfier y asistió en Bolonia a los primeros ensayos de Galvani. Estudió en París la química de Lavoisier y visitó Norte América, en donde, dijo, había encontrado "verdadera igualdad y entera libertad". A principios del siglo XIX los estudios de las ciencias naturales habían alcanzado grandes progresos en Guatemala. En 1805 el Doctor Narciso Esparragosa, discípulo de Flores, fundaba en la Universidad la primera cátedra de Cirugía y era nombrado Primer Cirujano del Hospital General de la ciudad de Guatemala.

La Filosofía experimental tuvo por fundador y propagandista en Guatemala al Doctor Antonio de Liendo y Goicoechea, quien con otros ilustres guatemaltecos dió renombre a la Sociedad Económica de Amigos del País, benemérita institución a quien mucho debe el progreso nacional.

El Doctor José María Alvarez era, en 1818, Catedrático de Instituciones de Justiniano en la Universidad de San Carlos; y como fruto de sus estudios y de sus esfuerzos, redactó y publicó sus Instituciones de Derecho Real de Castilla e Indias, precioso libro didáctico que sirvió de texto en varias Universidades de Sur América durante muchos años. La obra recopilaba metódicamente las leyes vigentes en aquel tiempo comprendiendo el derecho civil, penal y de procedimientos. Para su época, las Instituciones de Derecho Real del Doctor Alvarez, llenaron una gran necesidad social y docente. Las Leyes españolas, por su multiplicidad eran de difícil consulta y de prolija investigación. La obra de Alvarez simplificó la consulta, facilitó el estudio y remozó, en su recapitulación, las viejas leyes coloniales.

El retrato del Doctor Alvarez exorna el salón de recepciones de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales, como un homenaje al jurista que dió lustre a la patria guatemalteca.

De la Universidad de San Carlos salieron no sólo juristas y médicos ilustres, sino también filósofos e historiadores, que nos han transmitido el conocimiento de la épica empresa de la conquista y colonización de los pueblos indígenas que habitaban el istmo centroamericano. El precursor de ellos fué el Capitán Bernal Díaz del Castillo, el famoso autor de la *Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España*, cuya descendencia numerosa es constituída por distinguidas familias de los tiempos contemporáneos. La *Verdadera Historia de la Conquista de Nueva España* fué impresa en Madrid en 1632 y, si la Universidad de Guatemala no pudo contar a Bernal Díaz del Castillo entre sus miembros, si

cobijó en su seno a otros que se inspiraron en el ejemplo del ilustre Capitán, compañero de armas de Hernán Cortés y del Adelantado don Pedro de Alvarado y Mesía.

No citaremos a los historiadores Remesal y Vásquez ni al cronista Jiménez, que con sus escritos y disquisiciones históricas serán, seguramente, fuentes vivas en donde abrevarán los que escriban la historia de esta parte de América, cuando se emprenda la tarea de escribírla definitivamente, libre de prejuicios, errores y de pasiones. Citaremos, sí, al Capitán don Francisco de Fuentes y Guzmán, autor de la *Recordación Florida*, nacido en Guatemala, educado en sus escuelas y enseñanzas, quien, siguiendo a Bernal Díaz del Castillo, escribió su historia llena de episodios pintorescos e ilustrativos, aunque en el lenguaje obscurecido por la literatura decadente y ampulosa de la época.

El Bachiller Domingo Juarros publicó en 1808 su *Historia de la Ciudad de Guatemala*, obra interesante y acuciosa que mereciera los elogios de viajeros e investigadores. Pero, sin duda alguna, la obra histórica de mayor mérito, por las cualidades del autor, habría sido la de don José Milla y Vidaurre, el genial novelista que ha dado a conocer la vida colonial de Guatemala al través de sus novelas históricas. Desgraciadamente, el autor murió antes de terminar la historia que escribía bajo los auspicios del Gobierno de Guatemala.

Milla fué Catedrático de la Universidad en su rama del Colegio de Abogados, y, aunque no poseía título académico que le acreditara como Doctor, ostentaba un título más preciado como lo era el conjunto de sus obras que lo hicieron Docto y uno de los más altos literatos con que se honran las letras nacionales.

Otro literato eminente, hijo de la Universidad de Guatemala, fué Rafael García Goyena, el fabulista, no inferior en méritos a los de su género Iriarte y Samaniego de la literatura española.

Matías de Córdova fué otro representativo de la alta literatura nacional. Profesor de elocuencia en la Universidad, preparó una descendencia de literatos y pensadores de nota.

De la Facutad de Matemáticas surgió José Batres Montúfar, el poeta lírico más afamado de nuestro parnaso. No cabe en este artículo, que se redacta al correr de la máquina, la enumeración y el comentario de sus inimitables producciones. Baste decir que el erudito y clásico español Marcelino Menéndez y Pelayo, hizo de este poeta merecidos y calurosos elogios.

La Universidad de Guatemala ha sufrido varias transformaciones al través de los tiempos. En 1876 cambió sus Estatutos dejando la advocación de San Carlos Borromeo y tomando el plan del laicismo que imprimiera la Revolución. Poco después, la Universidad dejaba de existir conservando las Facultades de Derecho, Medicina y Cirugía como instituciones aisladas de los nexos universitarios. Hoy la Universidad ha tomado los perfiles modernos y la extensión universitaria coopera a los fines de cultura general que el Estado se propone conseguir.

Las Facultades de Ciencias Jurídicas y Sociales, de Ciencias Médicas, de Ciencias Naturales y Farmacia, de Ingeniería, de Odontología, constituyen el plan de actividades de la Universidad.

Durante muchos años este centro de educación profesional mantuvo los vínculos fraternales entre los cinco Estados de la América Central. Sus aulas estaban y aun están abiertas generosamente a todos los estudiantes centroamericanos; y en estos días (mes de marzo), el Gobierno ofrecía, en un plan de fraternidad, cinco becas en cada Facultad para cada una de las Repúblicas.

La Universidad es el centro del intelectualismo guatemalteco. Ahí han sido formados sus estadistas y hombres de ciencia: es la reserva que mantíene la patria para sus fines de cultura nacional: el pensamiento generoso de sus fundadores del siglo XVI ha tenido efectiva realización en el correr de los tiempos.

Carlos SALAZAR

Guatemala, 3 de septiembre de 1934.

(De "Revista Diplomática". Guatemala, septiembre de 1934.)

Bibliografía Nacional

Irisarri, Antonio José de.—"Escritos Polémicos", Prólogo, selección y notas de Ricardo Donoso. 445 páginas. (Santiago de Chile, Imprenta Universitaria. 1934.)

Este tomo del ilustre guatemalteco Antonio José de Irisarri, que dejó huellas de su poderosa personalidad en varios países, a más del materno, hasta llegar a desempeñar el elevado cargo de Presidente de Chile y de Ministro de Relaciones Interiores y Exteriores en la misma República, contiene una compilación interesantísima de sus escritos más notables y que revelan su fuerte constitución de polemista, aportando en cuantiosa forma valiosas noticias para su biografía. Protegió su edición el Presidente de la República de Guatemala, General don Jorge Ubico, bajo cuyo Gobierno tan numerosas obras de notables guatemaltecos han sido editadas en la Imprenta Nacional de Guatemala, a más de algunas de literatos centroamericanos. Queda constancia de esta protección en la primera página del libro, donde aparecen las siguientes líneas:

"Este volumen se ha impreso bajo los auspicios del señor Presidente de la República de Guatemala, General don Jorge Ubico, en homenaje al ilustre guatemalteco Antonio José de Irisarri."

Del compilador, Ricardo Donoso, que con tanto acierto y dificultad seleccionó los escritos polémicos de Irisarri y los avaloró con preciosas notas, es el siguiente Prólogo, cuya reproducción constituye el mejor comentario para la obra:

Prólogo

La obra literaria de Irisarri es extensa, dispareja, intermitente, pero viva, chispeante e inseparable de su acción política. Por eso, esta compilación, que intenta exhibir en forma representativa al escritor, tiene un acentuado carácter autobiográfico. Desde sus primeras tentativas poéticas, compuestas en los últimos años de la dominación de España en México, hasta sus postreras polémicas con los escritores de Chile, es fácil seguir la trayectoria de sus ideas, con su adhesión apasionada a los principios de la soberanía popular, de la libertad politica y de la tolerancia, pasando por sus invectivas contra la anarquía que siguió a la Independencia, hasta su final admiración por las instituciones conservadoras de la sociedad civil, a la sombra de las monarquías constitucionales.

Luchador incansable desde sus años juveniles, la labor literaria del patriota guatemalteco fué de un batallar permanente, en las hojas volanderas de la prensa chilena de los días de la Patria Vieja, en los periódicos que redactara en Londres en defensa de las naciones que habian surgido más allá del océano, en su propaganda y defensa de sus negocios mercantiles y sus gestiones politicas, en sus diatribas contra sus enemigos personales y de sus ideas: de ahí que la mayor parte de sus escritos se encuentra repartida en periódicos, libros y folletos impresos en Nueva York, México, Guatemala, Curazao, Bogotá, Quito, Guayaquil, Arequipa, La Paz, Chuquisaca y Santiago de Chile.

No pretende, pues, esta compilación reunir todos sus escritos de Isisarri, que llenarían varios volúmenes, y algunos de ellos difundidos por varias ediciones, como ocurre con la "Historia Critica del Asesinato cometido en la Persona del Gran Mariscal de Ayacucho", sino aquellos más caracteristicos de sus dotes de polemista y cuantos, por las circunstancias en que se publicaron, han pasado a ser piezas de suma rareza.

No ha sido tarea fácil la que ha tenido el compilador para reunir todo el material que se publica en este volumen. Muchas de las piezas que se incluyen en él, aparte de su valor como documentos históricos, tienen el muy singular de ser verdaderas curiosidades bibliográficas, como aquella "Protesta Solemne de 1829", impresa en Valparaíso, y que sólo se obtuvo mediante una copia existente en México. Por eso, me es particularmente grato consignar aquí los nombres de cuantas personas han contribuído con su ayuda a la publicación de estas páginas: el distinguido escritor y bibliógráfo don Rafael Heliodoro Valle, ventajosamente conocido por sus tareas literarias; el señor don José Luis Reyes M., miembro de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, y don Mariano Rosquellas, Director de la Biblioteca Nacional de Bolivia, que se conserva en Sucre.

La publicación de este volumen se debe especialmente al ilustrado Gobierno de Guatemala, que preside el General señor don Jorge Ubico, y gracias al interés manifestado desde el primer momento por su distinguido Ministro de Relaciones Exteriores, señor don Alfredo Skinner Klée. Ambos comprometen la gratitud de los amantes de las letras americanas, al contribuir a exaltar el nombre de Irisarri como el de uno de los más notables escritores americanos del siglo pasado.

Una misma tendencia polémica vincula con singular unidad los escritos recogidos en este volumen. Los propósitos del compilador quedarán satisfechos si logra llevar al ánimo del lector la convicción del acierto con que Menéndez y Pelayo caracterizó al escritor guatemalteco, cuando dijo que fué uno de los hombres de más entendimiento, de más vasta cultura, de más energia política y de más fuego en la polémica, que América ha producido.

* * *

Mariscal, Avelino F.—"La Leyenda de Sor Angélica", 67 páginas. (Guatemala, C. A., Tipografía "América", 1934.)

El Licenciado don Avelino F. Mariscal, en el año 1931 acrecentó el acerbo de la producción nacional con su obra "Duo in carne una", tan interesante para los educadores de la juventud y tan favorablemente recibida por la crítica guatemalteca. Hoy, de nuevo enriquece nuestra literatura con su obra "La Leyenda de Sor Angélica", limpiamente editada en la Tipografía "América", de esta capital. A la maravillosa y evocadora Antigua, esa ciudad de historia y de belleza, que al hacer los honores a los huéspedes de Guatemala es la primera que procuramos enseñar, para satisfacción de nuestro orgullo patrio y nuestro prestigio, arrancó al Licenciado Mariscal una preciosa leyenda para informar su nueva obra; y supo, al trasladarla al papel, conservar esas delicadas huellas de tradición y de misterio y ese imborrable y penetrante perfume de poesía que hay en las viejas crónicas de la metrópoli de las ruinas. Discreción y poder evocativo son dotes que avaloran la obra del autor de "La Leyenda de Sor Angélica" en su difícil tarea de revivir el pasado emotivo y aromado de Antigua Guatemala, la suave población que hizo un día exclamar a un poeta centroamericano: "¡Qué cielo el de la bendita ciudad! ¡Qué aire! ¡Si parécenos caminar en ella dentro de un diamante unas veces, y otras dentro de un topacio! Algo maravilloso, único. Y luego, el prestigio de sus ruinas, el de su historia, el de su leyenda."

"Publicaciones de la Academia Guatemalteca" (Correspondiente de la Academia Española), tomo III, 135 páginas. (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional. Febrero de 1935.)

La Academia Guatemalteca, correspondiente de la Española de la Lengua, ha publicado su tercer libro desde que quedó reorganizada.

Con propiedad digna de uno de sus miembros, Antonio Valladares, Secretario de la misma, nos explica la índole del volumen recientemente publicado en las siguientes

Frases de la Secretaría

"La Academia Guatemalteca, correspondiente de la Española de la Lengua, vuelve a dar fe de vida por medio de la publicación de este libro, que es ya el tercero que ve la luz desde la fecha en que quedó reorganizada.

No obstante la influencia deprimente que en todos los órdenes de la vida ciudadana ejercen las dificultades económicas de la crisis mundial, nuestras sesiones se celebran periódicamente en la casa del muy estimable Director de la Institución, el señor Licenciado don Salvador Falla, y se labora con buena voluntad para corresponder como es debido a la honra de pertenecer a una Corporación que persigue finalidades tan nobles y tan dignas, como son las de mantener y cultivar la belleza del idioma castellano y de las admirables producciones clásicas de su literatura.

Una vez más se consigna el sincero agradecimiento de la Academia al Gobierno de la República, por la valiosa ayuda que le presta, concediéndole gratuitamente la impresión de estos volúmenes, y también un voto de alabanza para la Tipografía Nacional por su esmerada cooperación artística.

El tomo contiene dos trabajos literarios del señor Licenciado Falla; un estudio compendiado acerca de literatura inglesa y traducciones de poemas de Poe, Moore y Lord Byron; una disertación de don Pío M. Riépele acerca del íntimo y sentimental "Relicario", obra en que su autor, el Doctor don Antonio Gómez Restrepo, reúne las delicadísimas composiciones en verso que dedicó a la que fué su esposa querida; la primera de las "Cuestiones Filológicas", anunciadas en el tomo anterior de la Academia, y la lista de publicaciones últimamente recibidas en nuestra Biblioteca.

Motivo de justa satisfacción es para nosotros el consignar que las labores literarias que tenemos emprendidas, han encontrado una acogida favorable, no sólo en nuestra Guatemala, sino fuera de las fronteras patrias. Son muchas las expresivas cartas que la Secretaría ha recibido del exterior, encomiando unas el mérito de lo publicado hasta ahora, y otras pidiendo el envío de nuestros trabajos, cada vez que se editen.

* * *

Guzmán Riore, Darío.—"Nuevos Cuentos Chapines", 117 páginas. (Guatemala, C. A., Tipografía "El Santuario". 1935.)

Ha aparecido un nuevo libro de Darío Guzmán Riore, pseudónimo bajo el que se oculta un buen médico guatemalteco. Guzmán Riore ya tiene en su haber "Flora" (versos), 1930, "Cuentos Chapines" (prosa), 1932, y "Cuando el Amor renace" (versos), 1933.

En este nuevo tomo de "Cuentos Chapines" transita los mismos caminos nacionales que en el primero, que tantos aplausos cosechó. Lo componen los siguientes cuentos: "Por Partida Doble", "El Alma del Barbero", "Caballadas", "Una Operación de Alta Cirugía", "Literatura Nacional", "La Flor del Olvido", "Secreto Profesional", "El Pelón", "El Desastre" y "La Tormenta", que por su extensión casi podría clasificarse como novela corta. Una novela constituirá, según sabemos, la próxima obra del autor, ya en preparación.

Al final del libro hay honrosas apreciaciones para Guzmán Riore por sus anteriores obras, provenientes de Salvador Falla, José Guillermo Salazar, Rafael Arévalo Martínez, Carlos Wyld Ospina, Federico Hernández de León y Eduardo Saravia.

Obras Guatemaltecas últimamente publicadas

Pérez Valenzuela, Pedro.—"La Nueva Guatemala de la Asunción", 231 pp. (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional. MCMXXXIV.)

Dávila Barrios, Valentín.—"18 Cuentos", 228 pp. (Guatemala, C. A., "Unión Tipográfica".)

Irisarri, Antonio José de.—"Escritos Polémicos", Prólogo, Selección y Notas de Ricardo Donoso. 445 pp. (Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1934.)

Mariscal, Avelino F.—"La Leyenda de Sor Angélica", 67 pp. (Guatemala, C. A., "Unión Tipográfica", 1934.)

Argüello, Santiago.—"La Magia de Leonardo de Vinci". (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional, 1934.)

"Publicaciones de la Academia Guatemalteca" (Correspondiente de la Academia Española), 133 pp. (Guatemala, C. A., Tipografía Nacional. Febrero de 1935.)

Guzmán Riore, Darío.—"Nuevos Cuentos Chapines", 117 pp. (Guatemala, C. A., Tipografía "El Santuario", 1935.)

Bibliografías Especiales

Libros antiguos existentes en la Biblioteca Nacional de Guatemala

BIBLIOGRAFIA SOBRE CIENCIAS Y ARTES

(1747)

Abate Nollet, Mons.—Ensayo sobre la electricidad de los cuerpos. Traducido en Caftellano por D. Joseph Vazquez y Morales. Añadida la Historia de la Electricidad. (Madrid: Imprenta del Mercurio.) (15-S-1098)

(1775)

Amar, Joseph.—Instruccion curativa de las calenturas conocidas vulgarmente con el nombre de Tabardillo. (Madrid: Joachin Ibarra.) (14-S-965)

(1759)

Amort, Eusebio.—Censura sobre el arte de pensar, o Logica admirable de Don Antonio Arnaldo, Doctor Sorbonico. Escrita en Latin por el Padre .... y traducida en Español por don Miguel Joseph Fernandez. (Madrid: Antonio Muñoz del Valle.) (13-S-943)

(1759)

Arnaldo, Antonio.—Arte de pensar o Logica admirable, en que ademas de las Reglas comunes, fe dán otras efpecialifsimas, y utilifsimas para dirigir el Entendimiento en fus operaciones, rectificar las de la Voluntad, y coadiuvar a la memoria: Obra adornada de fingular erudición, Sagrada, Eclefiaftica, y Civil. Traducida en Español por D. Miguel Joseph Fernandez. (Madrid: Antonio Muñoz del Valle.) (13-S-932)

( )

Barba, Alvaro Alonso.—Arte de los Metales, en que se enseña el verdadero beneficio de los del Oro y Plata por Azogue. El modo de fundirlos todos, y como fe han de refinar, y apartar vnos de otros. Nuevamente aora añadido con el Tratado de las Antiguas Minas de Efpaña, que efcrivio Don Alonfo Carrillo, y Cavallerizo de Córdova. (Madrid: Bernardo Peralta.) (14-S-1006

(1768)

Bordeu, Theophilo.—Idioma Natural en el Cuerpo humano: Indagaciones sobre el pulso. Añádese al fin de la obra la doctrina de los chinos sobre el pulso. (Madrid: Joachin Ibarra.) (14-S-975)

Esteyneffer, Juan de.—Florilegio Medicinal de todas las enfermedades. (14-S-957)

(1732)

Esteyneffer, Juan de.—Florilegio Medicinal de todas las enfermedades Reducido a tres libros. 456 pp. (Madrid: M. Fernández.) (28-S-1644)

(1677)

Fernández de Medrano, Sebastian.— Rvdimentos Geometricos y militares que propone al eftudio y aplicacion de los Profeffores de la Milicia. (Bruselas: Viuda Vleugart.) (5-S-331)

(1784)

Gardanne, M.—Catecismo sobre las Muertes Aparentes, llamadas asfixias; o Instrucciones acerca del modo de remediar las diferentes especies de Muertes aparentes fundada en la experiencia, y ordenada por preguntas y respuestas, de suerte que todos la tentiendan. Impresa y publicada de orden del Govierno de Francia y trad. por Juan Galisteo y Xiorro. (Madrid: Pedro Marin.) (6-S-402)

( )

Gomez de Bedoya y Paredes, Pedro.—Historia Natural de las fuentes minerales de España, fitios en que se halla, principios de que conftan, analyses, y virtudes de fus aguas, modo de adminiftrarlas, y de ocurrir a los accidentes que fuelen nacer de fu abufo; todo deducido de la obfervacion, y experiencia; defcripcion de los Lugares de fu fituacion, con una buena parte de la Hiftoria Natural del término de cada pueblo, y explicación de las curiofidades que contiene. 2 t. (Incompl.). (Santiago: Ignacio Aguayo.) (6-S-393)

López Peñalver, Juan Luis.—Egercicio de las ciencias, que tratan de la Quantidad, y Semanero Malacitano. (Malaga: Francisco Martínez.) (15-S-1072)

(1747)

Nollet, Abate.—Ensayo sobre la Electricidad de los cuerpos. Traducido en caftellano por D. Joseph Vazquez y Morales. Añadida la Historia de la Electricidad. (Madrid: Imprenta Mercurio.) (9-S-600)

(1776)

Pérez de Escobar, Antonio.—Avisos medicos, populares y domesticos. Historia de todos los contagios. Preservación, y medios de limpiar las casas, ropas, y muebles sospechosos. (Madrid: Joachin Ibarra.) (16-S-1141)

(1745)

Pérez de Moya, Juan.—Arithmetica Practica, y Especulativa, de el Bachiller .... (Madrid: Juan Muñoz.) (16-S-1116)

(1715)

Pvig, Andres.—Arithmetica especulativa y Practica; y Arte de Algebra. En la Qval se contiene todo lo qve pertenece al Arte menor, o mercantil, y a las dos Algebras, Racional, e irracional; con la explicación de todas las Propoficiones, y Problemas de los Libros quinto, feptimo, octavo, nono, y dezimo del Principe de la Mathematica Euclides. 3a Imprefsion. (Barcelona: Figveró.) (16-S-1137)

(1785)

Salva y Campillo, Francisco.—Juicio o dictámen sobre el proceso de la inoculación (Pamplona: Joseph Longas). (17-S-1216)

(1625)

Santa Cruz, Migvel Gerónimo de.—Libro de Aritmética Especulativa, y Práctica, intitulado, El Dorado Contador, contiene la fineza y Reglas de contar oro y plata, y los aneajes de Flandes. Por Moderno y Compediofo Eftilo (Madrid: Viuda de Alonfo Martin). (17-S-1213)

(1789)

Sigaud de la Fond, M.—Elementos de Fisica Teorica y Experimental de .... Demostrador de Fisica Experimental de la Universidad de Paris, y Socio de Varias Academias. Traducido por D Tadeo Lope, etc. Tomo V. 1 t. (Madrid: Imprenta Real) (7-S-467)

Spallarossa, Fr. Juan.—Disertación Physico-Medica, en que con la razón, authoridad, y esperiencia, se demuestra la utilidad, y seguridad de la inoculacion, de las viruelas, y las grandes ventajas, que de ella se figuen a la humana fociedad, y a los Reynos. Parte 1ª (incompl.) (Cádiz: Francifco Rioja, y Gamboa.) (13-S-903)

(1733)

Suárez de Figueroa, Christoual.—Plaza Universal de todas Ciencias y Artes (Madrid). (Con una advertencia en la primera hoja, probablemente de un fraile de estos antiguos Conventos, donde impugna la paternidad de este libro al Sr. Suarez Figueroa y asegura que su autor es Munfr. Garcon, Canónigo Regular Lateranenfe.)

(1721)

Suarez de Rivera, Francisco.—Cirugia Natural Infalible. Madrid: Juan Ariztea.) (28-S-1633)

Tablas de Reducción de las Medidas Lineales de Paris a las de Castilla, del Marco de Burgos, mandadas adoptar por Real Orden de 20 de Enero de 1801 en todos los reynos y señorios de S. M. Formadas de orden superior. Para el uso de las Maestranzas, Fábricas y demas ramos de Artilleria. (Segovia: Imprenta de Espinosa.) (13-S-941)

(1696)

Thesauro, Manuel.—Arte de Cartas Misivas, o Méthodo General para reducir al papel quantas materias pide el politico comercio. Traduce en Efpanol D. Marcelino Migliavaca. (Valencia: Jayme Bordazar.) (11-S-778)

(1557)

Tosca, Dr. Thomas Vicente.—Compendio Mathematico, en que se contienen todas las materias más principales de las Ciencias, que tratan de la cantidad. Tercera Impresion 6 t. (incompl.) (Valencia: Joseph Garcia.) (11-S-758/761) (11-S-763/765)

Tosca, Dr. Thomas Vicente.—Tratado II de la Aritmetica Inferior. (16-S-1157)

Vazquez, Joseph.—Los Eruditos a la violeta, o curso completo de todas las ciencias, divido en siete leciones para los siete dias de la semana, con el suplemento de este. (Barcelona: Viuda de Piferrer.) (17-S-1210)

(1785)

Zannotti, Francisco Maria.—Compendio de la Filosofia Moral, escrito en Lengua Italiana por D .... y traducido al Español por la Marquesa de Espeja. (Madrid: Joachin Ibarra.) (13-S-924)

Bibliografia sobre Jurisprudencia

(1789)

Alonso el Nono.—Las Siete Partidas del Sabio Rey .... Glosadas por el Licenciado Gregorio López, del Consejo Real de Indias de S. M. 4 vol. (Madrid: Benito Cano.) Quinta Partida. (Salamanca: Andrea Portonarijs, 1565.) (18-S-1254) (1257)

(1820)

Apéndice al Dictamen sobre el Tribunal de la Inquisición, que en las Cortes celebradas el año de 1813, dió el Doctor D. Antonio José Ruiz de Padrón, Diputado por las Islas Canarias. Tercera Ed., 53 pp. (Madrid: Imp. de la Calle de la Preda.) (29-S-1672)

(1820)

Apéndice al Diario de Cortes Nº 1. Memoria leída a las Cortes por el señor Secretario del Despacho de Estado en la sesión de 11 de julio de 1820. Impresa de orden de las Cortes. (Madrid: Imp. Nac.) (3-S-209)

(1820)

Colección de Decretos y Ordenes que han expedido las Cortes Generales y Extraordinarias desde su instalación de 24 de setiembre de 1810 hasta igual fecha de 1811. Mandada publicar por orden de las mismas. 1 t. (1º). (Incompl.) (Madrid: Imp. Nac.) (3-S-204)

(1820)

Colección de Decretos y Ordenes, que han expedido las Cortes Ordinarias desde 25 de setiembre de 1813 dia de su instalación hasta 11 de mayo de 1814, en que fueron disueltas. Mandada publicar por orden de las actuales. Tomo V (incompl.). (Madrid: Imp. Nac.) (3-S-208)

(1820)

Diario de las Actas y Discusiones de las Cortes y Legislatura de los años de 1820 y 1821. 5 t. (Madrid: Imp. Esp. de las Cortes.) (3-S-205/206/207/210 y 4-S-216)

(1810-1813)

Diario de las Discusiones y Actas de las C.C.—Tomo 1º, 24 de septiembre de 1810 a 15 de diciembre de 1810.—Tomo 2º, mes de diciembre de 1810 (4-S-215).—Tomo 5º, mes de abril de 1811 (4-S-217).—Tomo 6º, mes de mayo de 1811 (4-S-218).—Tomo 7º, mes de julio de 1811 (4-S-219).—Tomo 8º, mes de agosto de 1811 (4-S-220).—Tomo 9º, mes de septiembre de 1811 (4-S-221).—Tomo 10, mes de noviembre de 1811 (4-S-222).—Tomo 11, mes de diciembre de 1811 (4-S-223). Nota: el tomo 11 contiene un Dictamen de Hacienda de Indias (pág. 13).—Tomo 12, mes de febrero de 1812 (4-S-224).—Tomo 13, mes de abril de 1812 (4-S-225).—Tomo 14, mes de junio de 1812 (4-S-226).—Tomo 15, mes de agosto de 1812 (4-S-227).—Tomo 16, mes de noviembre de 1812 (4-S-228).—Tomo 17, mes de enero de 1813 (4-S-230).—Tomo 18, mes de marzo de 1813 (4-S-232).—Tomo 19, mes de mayo de 1813 (4-S-232).—Tomo 20, mes de junio de 1813 (4-S-233).—Tomo 21, mes de julio de 1813 (4-S-234).—Tomo 22, mes de agosto de 1813 (4-S-235).—Tomo 23, mes de septiembre de 1813 (4-S-236). Cadiz: Imp. Real. Diego Campo.)

(1779)

Díaz Montalvo, Alonso.—Ordenanzas Reales de Castilla Recop. y Comp. por .... Glosadas y por el Doctor Diego Perez. 3 vol. (Madrid: Josef Doblado.) (27-S-1596/1598)

(1790)

Ferrero, Josef.—Libreria de Escribanos e Instruccion Juridica. Practica de Principiantes. Obra utilisima para toda clase de personas. Corregida mejorada, y adicionada por su autor .... (Madrid.) (5-S-291/294)

(1742)

Fernández Navarrete, Pedro.—Conservación de Monarquias y Discursos Politicos sobre la Gran Consulta que el Consejo hizo al Señor Rey don Felipe Tercero, etc. 4ª Edición, 467 pp. (Madrid: Benito Cano) (30-S-1734)

(1741)

Gasparro, Romano, F. M.—Instituciones Juris Civilis. 4 t. en 1 vol. (Venetiis: Apud Nicolaum Pezzana.) (29-S-1720)

(1771)

Fuero Viejo de Castilla, El.—Sacado y comprobado con el exemplar de la misma obra que existe en la Real Biblioteca de Corte, y con otros M. SS. Publicanlo con notas históricas y Legales los Doctores: D. Ignacio Jordán de Asso y del Rio, y D. Miguel de Manuel y Rodriguez. 2 t. en 1 vol. (Madrid: Joachin Ibarra.) (23-S-1543)

(1785)

Genovesi, Antonio. — Continuación de la Primera Parte de Las Lecciones de Comercio, o bien de Economia Civil. Traducidas del italiano por don Victorian de Villava. Tomo 2º (incompl). (Madrid.) (6-S-391)

(1674)

Gonzalez de Torneo, Francisco.—Practica de Escrivanos. (Madrid: Lucas Antonio de Bedmar.) (15-S-1068)

Hevia Bolaños, Juan de.—Curia Philipica. 2 tomos en 1 vol. (Madrid: Pedro Marin) (23-S-1546)

Indice General de Ordenanzas Militares de la Colección de Ordenanzas Militares. De orden, y a expensas del Rey Nuestro Señor. 1 t. (Madrid: Antonio Marin.) (7-S-447)

(1774-1741)

Martinez, Lic. Don Manuel Sylvestre.—Libreria de Jueces, utilisima y Universal. Dedicado al excimo Sr. Conde de Aranda. 8 t. (incompl.) (Madrid: Blas Román.) (8-S530/537)

(1779)

Muñoz, Juan Bautista.—Juicio del Tratado de Educación del M. R. P. D. Cesareo Pozzi. (Barcelona: Carlos Gibert y Tutó.) (14-S-1023)

(1748)

Murcia, Joachin de.—Discurso sobre la Importancia, y necesidad de los Hospicios, Casas de Expositos y Hospitales, que tienen todos los Estados, y particularmente España. (Madrid: Viuda de Ibarra.) (14-S-1018)

Nueva Recopilación de Castilla. 768 pp. (32-S-1836)

(1794)

Ordenanzas de la Ilustre Universidad y Casa de Contratacion de la M. N. y M. L. Villa de Bilbao etc. Aprobadas y Confirmadas por el Rey N. S. D. Felipe V 370 pp. Años de 1737. (Madrid: Imprenta de Sancha.) (24-S-1561)

Otro ejemplar. (24-S-1562)

(1554)

Ordeñacas reales de Caftilla, etc. (Salamanca: Jnan de Canona.) (24-S-1560)

(1745)

Paz, Juan de.—Consultas y Resoluciones Varias, etc. Resueltas por .... Regente que fué de los Eftudios del Colegio y Universidad de S. Thomas de la cindad de Manila, en la Provincia de Filipinas. Nueva Ed. Emendada. 623 pp. (Amberes: Hermanos de Tournes.) (24-S-1573)

Otro ejemplar. (20-S-1348)

Otro ejemplar. (20-S-1349)

(1625)

Pérez, Diego.—Ordenancas Reales de Castilla. Tomo 1º. 911 pp. (Salamanca: S. C. M. Portona rijs.) (21-S-1384)

(1787)

Plan de Estndios aprobado por S. M. y mandado observar en la Universidad de Valencia. 49 pp. (Madrid: Viuda de Ibarra.) (24-S-1565)

(1772)

Real Provision del Consejo que comprehende el Plan de Estudios que ha de observar la Universidad de Alcalá de Nares. 284 pp. (Madrid: Pedro Marin.) (21-S-1389)

(1765)

Rodriguez Campomanes, Pedro.—Tratado de la Regalia de Amortización. 296 pp. (Madrid: Imprenta Real de la Gaceta.) (24-S-1554)

Otro ejemplar. (24-S-1555)

(1785)

Rodriguez de Fonseca, Lic. Bartolomé Agustin.—Digesto Teórico Practico. Tomos 4º y 5º (Madrid: Imprenta Real.) (21-S-1386/1378)

(1792)

Sanchez, Santos.—Colección de todas las Pragmaticas, Cédulas, Provisiones, Circulares, Autos acordados, Vandos y otras providencias publicadas en el actual reynado del Señor Don Carlos IV. Con varias notas instructivas y curiosas. Tomo Primero. Comprende: Hasta el año de 1793 inclusive (incompl.) (Madrid: Viuda e Hijo de Marín.) (13-S-892)

(1787)

Sánchez, Santiago.—Idea Elemental de los Tribunales de la Corte en su actual estado y última Planta. 2 tomos. (Madrid: Andrés de Sotos.) (13-S-893 889)

(1759)

Santayana Buftillo, Lorenzo de.—Gobierno Politico de los pueblos de España, y el Corregidor, Alcalde, y Juez en ellos. 2ª Impression. (Madrid: Viuda de Elifeo Sánchez.) (17-S-1199)

(1745)

Santayana, Lorenzo de.—Los Magistrados y Tribunales de España. Su origen, Instituto, Jurisdicción, y Govierno. (Zaragoza: Imprenta del Rey Nuftro Señor.) (17-S-1228)

(1676)

Solórzano, Ioan de.—Obras Posthumas. (Zaragoza: Herederos de Diego Dornmer.) (24-S-1576)

(1753)

Targa, Carlos.—Reflexiones sobre los contratos maritimos sacadas del Derecho Civil, y Canonico, del Consulado del Mar, de los usos maritimos, con las fórmulas de tales Contratos. Traducida del Idioma Italiano al Español por el Licenciado don Juan Manuel Girón. (Madrid: Francifco Xavier García.) (11-S-773)

(1786)

Thomas de Aquino, Santo.—Tratado del Gobierno de los Principes del Angelico Doctor .... Traducido en nuestra Lengua Castellana por Don Alonso Ordoñez das Seyjas y Tobar, Señor de San Payo, &c. Nueva impresion. Corregida por don Vicente Garcia de la Huerta. (Madrid: Benito Cano.) (11-S-766)

(1786)

Vega, Fr. Alonfo de la.—Svma llamada Nveva Recopilación, y Práctica del Fvero, etc. (Madrid: Luis Sanchez.) (22-S-1433)

(1600)

Villadiego, Alfonfo de.—Forvs Antiqvs Gothorvm Regvm Hispaniæ Olim Liber Ivdicum: Rodie Fvero Ivzgo Nvncvpatvs. XII libros continents 462 pp. (En latin y Castellano.) (Matriti: Ex Oficina Petri Madrigal.) (23-S-1543)

Bibliografía sobre Bellas Letras

(1737)

Aguilar, Juan Bautista.—Tercera Parte del Theatro de los Dioses de la Gentilidad. (Madrid: Juan de Ariztia.) (14-S-951)

(1825)

Alvarado, Fr. Francisco.—Cartas criticas que escribió el Rmo. .... Del Orden de Predicadores o sea el Filósofo Rancio, etc. Tomo III (incompl.) (Madrid: E. Aguado.) (1-S-27)

(1784)

Andres, Juan.—Origen, Progresos y Estado Actual de Toda la Literatura. Obra escrita en Italiano por el Abate D. Juan Andres, y traducida al Castellano por D. Carlos Andres. 8 tomos. (Madrid: Antonio de Sancha.) (1-S-19/26)

(1737)

Armesto y Ossorio, D. Ignacio.—Theatro Anti-critico Universal sobre las obras del muy R. P. Maestro Feyjo, de el padre Maestro Sarmiento, y de Don Salvador Mañer; en que se empieza con un breve selecto de lo que dice el Padre Maestro; se reparte la justicia a cada uno en los puntos diferentes, que los tres gallardos Campeones ventilan entre si, y fe convence la verdad Critica contra los principales assuntos, y otras varias opiniones de el Theatro. Para desagravio de errores comunes. 3 Tomos. (Madrid:) (1-S-57/59)

(1671)

Baños de Velasco, Ivan.—El Sabio en la Pobreza; comentarios estoycos, y Historicos a Seneca. (Madrid: Francifco Sanz.) (15-S-1026)

(   )

Barbadiño, R. P.—Verdadero Método de Estudiar, para ser util a la República y a la Iglesia proporcionado al estilo, y necesidad de Portugal, expuesto en varias cartas, escritas en idioma Portugues, por el R. P. .... Traducida al castellano por Don Joseph Maymó y Ribes. 4 tomos. (Privilegio: Madrid: Joachin Ibarra) (2-S-126/129)

(   )

Benegasi y Luxan.—Obras Métricas, que á distintos assuntos, assí serios, como festivos; (Aumentadas en más de la mitad en esta segunda impression.) Escrivia .... (Madrid: Miguel Efcrivano.) (30-S-1740)

(1754)

Bocalini, Trajano.—Discursos Politicos y avisos del Parnaso, de .... Cavallero Romano. Tradúxolos de la Lengua Toscana en la Efpañola Fernando Perez de Soufa. Nueva Impression, que contiene todos los Avisos, que fon legitimos del Author divididos en dos tomos: tomo 2º (Incompl.) (Madrid: Joseph Garcia Lanza.) (2-S-138)

(1787)

Boileau, Nicolas.—El Arte Poetica de .... Traducida del verso francés al castellano por Juan Bautista Madramant y Carbonell. Ilustrada con un prologo y notas del traductor. (Valencia: Joseph y Tomas de Orga.) (16-S-1109)

(1654)

Borja, Francisco de (Principe de Esquilache).—Obras en Verso del Principe de Esquilache. Edición Segunda. (Amberes: Balthasar Moreto.) (23-S-1549)

(1760)

Calderón de la Barca, Pedro.—Comedias del célebre poeta español .... Que saca a luz Don Juan Fernández de Apontes y las dedica al mismo Don Pedro Calderón de la Barca, &c. 6 tomos (Incompl.) (Madrid: Viuda de Don Manuel Fernández.) (3-S-156/161)

(1784)

Cervantes Saavedra, Miguel de.—Viage al Parnaso, compuesto por .... Dirigido a D. Rodrigo de Tapia, etc. Publicanse ahora de nuevo una tragedia y una comedia inéditas del mismo Cervantes: aquella intitulada la Numancia: ésta el Trato de Argel. 384 pp. (Madrid: Antonio de Sancha.) (30-S-1752)

(1776)

Cesena, Juan Angel de.—Compendio de la Rethorica, en que se dá un fácil, y utilisimo méthodo de enfeñar el Arte Oratorio. Traducida en Español por Fr. Raymundo Joseph Rebollida. 1 tomo (Incompl.) (Barcelona. Imp. de Carlos Gibert, y Tutó.) (3-S-182)

(1679)

Cicerón, Marco Tulio.—Los Diez y Seis Libros de las Epistolas, o Cartas de .... vulgarmente llamadas familiares. Trad. por Pedro Simón Abril. (Madrid: Antonio Goncalez) (28-S-1658)

Cicerón.—Los Diálogos de Cicerón, de la Vejez, de la Amistad, Las Paradoxas, y el Sueño de Escipión. Traducidas en Castellano por Don Manuel de Balbuena. 2ª Ed. 1 tomo (Incompl.)

(1764)

Codorniu, Antonio.—Desagravio de los Autores y Facultades que ofende el Barbadiño en su obra: Verdadero Méthodo de Estudiar, &. Según la traducción Castellana del todo conforme al original Portugues. Dedicado a las universidades y literatos de España. (Barcelona: Maria Angela Marti viuda.) (14-S-1000)

(1779)

Colección de Poesías Castellanas anteriores al siglo XV. Preceden noticias para la vida del primer Marqués de Santilana: y la carta que escribió al Condestable de Portugal sobre el origen de nuestra poesia, ilustrada con notas por Don Thomás Antonio Sánchez, Bibliotecario de S. M. 1 t. (Incompl.) (Madrid: Antonio de Sancha.) (3-S-203)

(1763)

Contaut, Pedro.—Gramática Española y Francesa, novissimo selecto méthodo para aprender a hablar con perfección el idioma Francés, fegún reglas ajuftadas al efpañol, y faciles a los principiantes. 1 t. (Incompl.) Tomo primero. (Madrid: Imp. del Diario.) (3-S-201)

Daniel, P. Gabriel.—Viage de el Mundo de Descartes, escrito en francés por el P. Gabriel Daniel de la Compañia de Jefus. Traducido por don Juan Baptista de Ibarra. 2ª Ed. Añadida en más de una tercera parte. (Madrid: Imp. del Reyno.) (4-S-246)

Otro ejemplar. (Trado. por Juan Gregorio Araujo.) (4-S-250)

(1793)

Declamación contra los abusos introducidos en el Castellano. Presentada en la Academia Española. 214 pp. (Madrid: Viuda de Ibarra.) (23-S-1522)

(1726)

Díaz Rengifo, Juan.—Arte poetica española, con una fertilissima sylva de Confonantes Comunes, Propios, Efdrúxulos, y Reflexos, y vn divino eftimulo del amor de Dios. Su autor natural de Avila. (Barcel.: Maria Martí viuda.) (4-S-247)

(1748)

Feyjoo, Fr. Benito.—Cartas eruditas, y curiosas, en que por la mayor parte fe continúa del defignio de el Theatro Critico Universal, Impugnando, o reduciendo a dudosas varias opiniones comunes. 4 t. (Incompl.) (Madrid.) (5-S-318/326/321/320)

(1749)

Feyjóo, Fr. Benito Gerónimo.—Justa Repulsa de iniquas acusaciones Carta, en que manifestando las imposturas que contra el Theatro Critico, y su autor Chronifta General de la Religión de San Francisco. Escribe a un amigo suyo el muy ilustre señor y Reverendissimo Padre Maeftro Don F. .... 2ª Imp. (Madrid: Antonio Pérez de Soto.) (5-S-313)

(1754)

Feyjoo, Fr. Benito Geronymo.—Ilustracion Apologetica al primero, y segundo tomo del Theatro Critico. Septima Impression. (Madrid: Eugenio Bieco.) (15-S-1049)

Feyjoo, Fr. Benito Geronymo.—Theatro Critico Universal o Discursos varios en todo género de materias, para desengaños de errores comunes: escrito por el muy ilustre señor .... 8 t. (Pamplona.) (28-S-298/305)

Otro ejemplar (Madrid). 8 t. (Incompl.) (5-S-309/306/311/322/323/307/308/312)

Feyjoo, Fr. Benito Geronymo.—Cartas Eruditas, y Curiosas, en que por la mayor parte fe continúa el defignio de el Theatro Critico Universal, impugnando, o reduciendo a dudosas varias opiniones comunes. 4 t. (Varios Editores.) (5-S-318/326/321/320)

(1636)

García Salcedo, Coronel.—Comento fobre las Soledades de D. L. de Góngora. (Madrid.) (28-S-1639)

(1729)

Gómez de Escobar, Miguel.—Iluftracion Apologetica a los Dos tomos del theatro Critico. (Madrid.) (13-S-935)

(1654)

Gongora, Luis de.—Todas las obras de .... en varios poemas. Recogidos por Don Gonzalo de Hozes y Cordoua, natural de la ciudad de Cordoua. Dedicadas a Don Lvis Mvriel Salcedo y Valdiuieffo, cauallero de la Orden de Alcantara. (Madrid: Imprenta Real.) (14-S-960)

(1645)

Gongora, Luis de.—Segundo tomo de las obras de Don .... Comentadas, por D. Garcia de Salzedo Coronel Cavallero de la Orden de Santiago. 1ª Parte. (1 volumen (Incompl.) (Madrid:) (7-S-439)

(1774)

Gonzalez de Leon, Juan Nepomuceno.—El Poeta Filósofo o Poesías Filosoficas en verso Pentámetro. Los dá a luz por amistad que profesa al autor don Juan Nepomuceno Gonzalez de León. Académico de número de la Real de Buenas Letras de Sevilla. (Sevilla Nicolás Vazquez y Co.) (6-S-407)

(1649)

Gracian, Lorenzo.—Agudeza y arte de Ingenio. En que se explican todos los modos y diferencias de concetos, con exemplares efcogidos de todo lo mas bien dicho, afsi facro, como humano. Avmentala el mifmo Autor en efta tercera imprefsion, con un tratado de los eftilos, fu propiedad, ideas del bien hablar, con el arte de erudición, y modo de aplicarla, crifis de los Autores, y noticias de libros. Ilustrala el Doctor don Manuel de Salinas y Licana Canonigo de la Catedral de Helca con faconadas traducciones de los Epigramas de Marcial. Publicala don Vicencio Iuan de Laftanofa, Cavallero y ciudadano del Huede, en el Reyno de

Aragon. Coronala con fu nobilifsima protección el Excelentifsimo Señor D. Antonio Ximenez de Urrea. Conde de Aranda, &c. Grande de Efpaña. (Huefca: Juan Nogues.) (7-S-433)

(1725)

Gracian, Lorenzo.—Obras de .... Divididas en 2 tomos. Tomo primero: El Criticón, El Difcreto, El Politico Fernando el Católico, El Heroe. (Amberes: Juan B. Verdufen.) (30-S-1729)

(1669)

Gracian, Lorenzo.—Obras de .... Tomo Primero que contiene "El Criticón", Primera, Segunda y Tercera Parte. El Oráculo Manual. El Héroe. Las Seluas del año, añadidas en efta impreffion. Vltima impreffion mas corregida, y enriquezida de Tablas. Tomo Io. (Incompl.) (Barcelona: Antonio Lacaualleria.) (7-S-428)

(1768)

Granada, Fr. Luis de.—Obras del Venerable P. Maestro .... de la Orden de Santo Domingo. 8 Vol. (Madrid: Manuel Marin.) (19-S-1306/1737)

Otro ejemplar. 6 Vo. (Incompl.) (19-S-1297/1303)

(1756)

Granada, Fr. Luis de.—Obras del V. P. M. F. .... Del Sagrado Orden de Predicadores: Dedicadas a la Muy Ilustre Señora Marquesa del Sauce. 4 Vol. (Madrid: Antonio Perez de Soto.) (7-S-434/437)

(1752)

Guerra y Ribera, Fr. Manuel de.—Apelación al Tribunal de los Doctos, Justa Defensa de la aprobación a las Comedias de Don Pedro Calderón de la Barca, impreffa en 14 de abril del año de 1682. etc., etc. (Madrid: Joseph de Orga.) (14-S-961)

(1595)

Guevara, Antonio de.—Epistolas familiares. Primera y Segunda Parte. Va todo efte epistolario al eftilo y Romance de Marco Aurelio. (Incompl.) (Madrid: Biuda de Pedro Madrigal) (6-S-405)

(1658)

Guevara, Antonio de.—Libro Avreo del Gran Emperador Marco-Avrelio, con el Relox de Principes. (Madrid: Melchor Sanchez.) (28-S-1645)

(1673)

Guevara, Antonio de.—Epístolas familiares de .... Obifpo de Mondoñedo, Predicador, y Cronifta y del Confejo del Emperador, y Rey Nueftro Feñor. Va todo este epistolario al estilo, y Romance de Marco Aurelio, porque el Autor es todo vno, y aora neuamente fe ha añadido fu vida. (Madrid: Andres Garcia de la Iglefia.) (14-S-982)

(1597)

Horacio.—Primero Libro de las Odas de Q. Horacio Flaco. Poeta Lyrico Latino. (23-S-1547)

( )

Hurtado de Mendoza, Antonio.—Obras, Líricas, y Cómicas, Divinas y Humanas, con la celestial Ambrosia del Admirable poeta Sacro de Maria Santissima. Ultimo suave divino aliento de aquel canoro Cifne, el más pulido, más affeado, y el más Cortefano Cultor de las Mufas Caftellanas, D.... Segunda Impression, corregidas y enmendadas de los muchos yerros que en la primera havía cometido el defcuido de la Imprenta. Añadidas algunas obras, que según la Bibliotheca de Nicolas Antonio refiere, fe tienen por ciertas, y verdaderas del autor. Dirigidas por mano de don Ambrosio Cano, etc. etc. 1 t. (Madrid: Juan de Zúñiga.) (7-S-448)

(1783)

Lampillas, Xavier de.—Ensayo Historico-Apologetico de la Literatura Española contra las opiniones preocupadas de algunos escritores modernos italianos. Traducido del italiano al español por Da. Josefa Amar y Borbón. 1 t. (Incompl.) (Zaragoza: Blas Miedes.) (7-S-468)

(1779)

León, Fr. Luis de.—Exposición del libro de Job. Obra Posthuma de .... (Madrid: Pedro Marin.) (22-S-1480)

Otro ejemplar. (22-S-1490)

Otro ejemplar. (23-S-1510)

Lobo, Eugenio Gerardo.—Obras poeticas del Exmo. Señor .... Nueva Edición corregida y aumentada con muchas Piezas poftumas, en verfo, y profa, y otras ineditas de diversos autores. Tomo Primero (Incompl.) (Madrid: Joachin Ibarra.) (7-S-474)

(1615)

Lopez, Diego.—Emblemas de Alciato. (Alcalá.) (14-S-992)

(1642)

Lopez Natvral, Diego.—Declaracion Magistral sobre las satiras de Iuuenal, Principe de los Poetas Satiricos. A don Fernando Pizarro y Orellana, Cauallero de la Orden de Calatraua, etc. (Madrid: Diego Diaz de la Carrera.) (15-S-1071)

López, Diego.—Comento sobre los Doze libros de la Eneida de Virgilio en profa castellana. (30-S-1732)

(1758)

Maymo y Ribes, Joseph.—Defensa del Barbadiño en obsequio de la Verdad. (Madrid: Joachin Ibarra.) (16-S-1101)

(1764)

Pabon Guerrero, Alonso.—Rethorica Castellana, en la qual se enseña el modo de hablar bien, y formar una oracion, o discurso coordinado sobre qualquiera affumpto. (Madrid: Joachin Ibarra.) (16-S-1161)

(1781)

Phocion.—Entretenimientos de .... Sobre la Semejanza, y Conformidad de la Moral con la Politica: Traducidos del griego de Nicoclés. Con notas. Y del Francés por don Martin Fermin de Labiano. (Madrid: Joachin Ibarra.) (14-S-994)

(1684)

Poesias Selectas de varios avtores latinos. Tradvcidas en verso castellano, e ilustradas con notas de la Erudicion que encierran. por el Padre Ioseph Morell. (Tarragona: Joseph Soler.) (17-S-1187)

(1645)

Principe de Esqvilache (Francisco de Borja).—Obras en Verso del Principe de Esqvilache. Edición Segunda. (Amberes: Balthasar Moreto.) (23-S-1549)

(1724)

Qvevedo Villegas, Francisco de.—El Parnaso Español, Monte en dos cumbres, Dividido con las Nveve Mvsas Castellanas. Donde fe contienen poesias. (Madrid: Juan Aristia.) 2 t. (10-S-707/708)

(1724)

Qvevedo y Villegas, Francisco de.—Obras de .... Cavallero de la Orden de Santiago, Señor de la Torre de Juan Abad. Dedicadas al Excmo. Señor D. Joseph de Grimaldo, Marqués de Grimaldo, Comendador Mayor de Ribera, y Azeuchal, del Orden de Santiago, y del Infigne de Toyfon, del Cofede fu Mag. 3 tomos (Incompl.). (Madrid: Juan Ariztia.) (10-S-705/706/709)

(1783)

Real Academia Española, La.—Diccionario de la Lengua Castellana, Reducido a un tomo para su más fácil uso. 2ª Edición. 968 pp. (Madrid: Joaquin Ibarra.) (21-S-1398)

(1783)

Real Academia Española, La.—Diccionario de la Lengua Castellana. Segunda Edición. 968 pp. (Madrid: Joaquín Ibarra.) (24-S-1551)

(1734)

Real Academia Española, La.—Diccionario de la Lengua Castellana. etc. etc. Tomo 4º. Que contiene las letras G. H. I. J. K. L. M. N. 696 pp. (Madrid: Real Academia Española.) (21-S-1395)

(1786)

Rivadeneyra, Antonio Joaquin de.—El Pasatiempo. Obra útil para instruccion de todos los jóvenes. 2 t. (Incompl.) (Madrid: Benito Cano.) (10-S-715/716)

(1589)

Ribadeneyra, Pedro de.—Tratado de la Tribulación, repartido en 2 libros. (Madrid: Luis Sanchez.) (27-S-1594)

(1779)

Rodriguez Mohedano, Rafael.—Historia Literaria de España. Desde su primera población hasta nuestros dias. Origen, progresos, decadencia y restauracion de la Literatura Española: en los tiempos primitivos, de los Phenicios, de los Cartagineses, de los Romanos, de los Godos, de los Arabes, y de los Reyes Católicos: con las Vidas de los hombres sabios de esta nación, juicio critico de sus obras, extractos y apologías de algunas de ellas; Disertaciones historicas y criticas sobre varios puntos dudosos: Para desengaño e instrucción de la juventud Española. 10 t. (Madrid.) (11-S-717/724)

(1755)

Rolin, Mons.—Modo de enseñar y estudiar las Bellas Letras. Para ilustrar el Entendimiento y ratificar el corazón. Escrito en idioma francès por .... Rector de la Univerfidad de Paris, Profeffor de Eloquencia. Traducido al Castellano por Da. Maria Cathalina de Caso. 3 tomos. (Incompl.) (En Madrid: Imp. del Mercurio.) (11-S-727/729)

(1759)

Saavedra Faxardo, Diego de.—Republica Literaria. (Madrid.) (14-S-988)

(1787)

Sarmiento, Fr. Martin.—Demonstración Critico-Apologetica del Theatro Critico Universal, que dió á luz el R. P. M. Fr. Benito Gerónimo Feyjoo, Benedictino. 4a. Impression. Tomo 4o. (Incompl.) (Pamplona: Benito Cosculluela.) (12-S-827)

(1716)

Solis y Ribadeneyra, Antonio de.—Varias Poesias Sagradas y Profanas, que dexo escritas (anque no juntas, ni retocadas) Don .... Chronifta Mayor de Indias. Recogidas y dadas a luz por Don Juan de Goyeneche. (Madrid: Francisco del Hierro.) (17-S-1238)

Soto y Marne, Fr. Francisco de.—Reflexiones critico apologéticas Fobre las obras del Rmo. Padre Maeftro Fr. Benito Geronymo Feyjoo. (15-S-1057)

(1783)

Suarez de Toledo, Joseph.—Defensa de la Historia Literaria de España y de los RR. PP. Mohedanos contra las injustas Acusaciones del Bachiller Gil Porras Machuca. (Madrid: Joachin Ibarra.) (17-S-1212)

(1675)

Teresa de Jesús, Santa.—Obras de la Gloriosa Madre .... etc., etc. (Bruselas: Francisco Fopens). 612 pp. (23-S-1529)

(1752-1771)

Teresa de Jesús, Santa.—Cartas de Santa Teresa de Jesus. Con notas del Excmo. y Rmo. Sr. Don Juan de Palafox y Mendoza, Obifpo de Ofma del Confejo de fu Mageftad. 4. vol. (Madrid: Joseph de Orga.) (21-S-1417/1418/1421/1422)

(1741)

Thefaure, Manuel.—Cannocchiale Aristotélico; esto es, Anteojo de larga vista, o idea de la Agudeza, e ingeniosa locución, que sirve a toda Arte Oratoria, Lapidaria y Symbolica, examinada con los principios del Divino Ariftóteles. Traducida al Español por el R. P. M. Fr. Miguel de Sequeyros. 2 t. (Incompl.) (Madrid: Antonio Marin.) (11-S-755/756)

(1674)

Torre, Francisco de la.—Agvdeza de Juan Oven, Traducidas en Metro Castellano, ilvstradas, con adiciones, y notas. (Madrid: Francifco Sanz.) (11-S-772)

Torres y Villarrœl, Diego de.—La Svmma Medicina, o Piedra Philosophal de .... Profeffor de Philosophia, y Mathemáticas. Dedicala a la Excelentissima Señora Doña Luifa Centurion &c. Marquefa de Almarza, y Flores de Avila &c. (Madrid-Sevilla: Imprenta Caftellana y Latina.) (11-S-754)

(1778)

Trigueros, Cándido Maria.—El Poeta Filosofo, o Continuacion de las poesias Filosoficas. Segunda Parte (Incompl.) (Sevilla: Manuel Nicolás Vazquez.) (11-S-771)

(1788)

Valladares de Sotomayor, Antonio.—Semanario Erudito, que comprende varias obras inéditas, Criticas, Morales, Instructivas, Politicas, Historicas, Satiricas, y Jocosas de Nuestros mejores autores antiguos y modernos. 8 t. (Incompl.) (Madrid: Blas Roman.) (12-S-802/809)

(1609)

Vega, Lope de.—Ierusalem Conqvistada. (Madrid: Juan de la Cuesta.) (15-S-1058)

(1674)

Vega, Fray Lope Félix de.—Rimas Hvmanas y Divinas, del Licenciado Tome de Bvrgvillos. No sacadas de Biblioteca ninguna (Que en Caftellano fe llama libreria) fino de papeles de amigos, y borradores fuyos. Al Excelentissimo Señor Duque de Seffa, Gran Almirante de Nápoles. (Madrid: Imp. Real.) (14-S-970)

(1599)

Villen de Biedma.—Quinto Horacio Flacco .... sus obras, con declaración magistral en lengua castellana. 330 pp. (Granada: Sebaftian de Mena.) (32-S-1837)

Virgilio.—Las Eglogas de .... en Lengua Castellana. Los Cuatro Libros de las Georgicas en profa castellana. Los Doze Libros de la Eneida. (30-S-1732)

(1650)

Virgilio (Pvblio Virgilio Maron).—Las obras de .... Traducido en prosa castellana por Diego López, Natvral de la Villa de Valencia. Con Comento y anotaciones. (Alcalá: Maria Fernández.) (17-S-1194)

(1673)

Vitoria, Baltasar de.—Primera y Segunda Parte del Teatro de los Dioses de la Gentilidad. 2 t. (Madrid: Imprenta Real.) (12-S-811/812)

(1787)

Yriarte, Tomas de.—Coleccion de obras en verso y prosa de .... 5 t. (Incompl.) (Madrid: Benito Cano.) (13-S-878/882)

(1745)

Zapata, Diego Matheo.—Ocaso de las Formas Aristotelicas, que pretendio ilustrar a la luz de la Razón el Doctor D. Juan Martin de Lesaca. Obra pósthuma del Doctor .... en que se defiende la moderna Physica, y Medicina. Tomo Io. (Incompl.) (Madrid: Hofpital General.) (13-S-922)



LA PATRIA*

Por León de Gandarias

¿Por qué cantas la patria?
—me increparon los sabios
de las nuevas doctrinas—.
¿Por qué manchas tus labios
con el término absurdo que ha gestado la guerra,
separado los hombres, dividido la tierra
y engendrado los odios y rencores humanos,
al llevar los hermanos a luchar contra hermanos?
¿No es, acaso, el concepto de local patriotismo
la doctrina contraria del humanitarismo?
¡Oh, poeta!
Medita...
Y en la cumbre del Ande
canta el himno sonoro de una patria más grande;
y modula este grito más humano y profundo:
¡Compatriota es el Hombre, y la patria es el Mundo!

* * *

...Y el rumor de las nuevas teorías me vino
como el épico heraldo de la paz.
Vi el destino
de los pueblos, brillante. La palabra "extranjero"
no sonaba en la tierra de lindero a lindero,
porque el mundo marchaba por la eterna grandeza
como un solo conjunto y una sola cabeza...

Mas, después... un deseo, un extraño afán, una
sed patriótica trajo la visión de la cuna
que guardara la infancia; el hogar, la familia,
el amigo, la novia, la expresión que concilia,
el amor que redime, las costumbres, la vida
de mis íntimas cosas...
Y en el viento perdida
miré —símbolo sacro— tremolar la bandera
que llenó los ideales de mi vida primera...

Al mirar aquel cuadro sentí ardor en los ojos,
en el pecho latidos y en la cara sonrojos.
Y canté...

Mi palabra fué a través de las sierras
para todos los hombres y hacia todas las tierras.

* * *

Cantó el alma fraterna de mi patria bendita
que armoniza la gloria de la patria infinita...
Cantó el bien de mi pueblo y el amor de mi suelo,
y el valor de sus dones y grandezas, y el vuelo
de sus hombres que fueron a explorar, noche y día,
la región misteriosa de la Sabiduría.

Cantó el cántico dulce de la patria que encierra
mi pedazo de cielo, mi pedazo de tierra,
mi pedazo de lumbre del hogar.
Pero nunca
la opinión que limita, la palabra que trunca,
y el concepto que juzga como locos y vanos
mis ideales que han sido los ideales humanos.

No canté yo la patria localista y mezquina,
sino aquella que vive, que progresa y germina
con la sabia enseñanza que nos da el Universo...
....

* * *

...Y en la cauda vibrante y eternal de mi verso
fué ganando el espacio mi canción...
Como un grito
luminoso y fecundo que llenó el infinito...!

(*)—Primer Premio y Flor Natural en el Concurso Literario Centroamericano de 1932, patrocinado por la Municipalidad de Guatemala con motivo de las fiestas patrias de septiembre.

Hace un cuarto de siglo.....

A José Santos Chocano

Alteza Real del verso, de mi feudo
vengo a pagarte el diezmo que te adeudo.

De mi torre a tu torre de homenaje
he hecho, cabalgando, un largo viaje
sólo para rendirte vasallaje.

Señor, tengo en las manos el sombrero,
porque estoy ante ti: sabe que espero
para la lid que me armes caballero.

Y velaré mis armas todo el plazo
de una noche, y confiaré en mi brazo
esperando el divino espaldarazo.

Son cortas mis haciendas feudatarias,
he roto pocas lanzas literarias
y acaso no debí rendirte parias.

Mas por raro proceso de atavismo
del tiempo muerto ya del feudalismo
un viejo Conde renació en mi mismo.

Monté un jamelgo, me embracé un escudo;
y a proclamarte soberano acudo.
Príncipe del idioma: te saludo.

II

El hermetismo por tus versos pasa,
cual si los envolviera fina gasa;
y hasta el papel en que los das abrasa.

Es tu naturaleza tan compleja
que lo mismo su espíritu te deja
la sociedad moderna que la vieja.

No extrañes, pues, que evoque a un castellano,
de villas y lugares soberano;
y evoque al mismo tiempo a un ciudadano.

Con Inés y miss Elkins te embalsamas,
cual tronco que florece por dos ramas;
y al Tenorio y a Roosevelt amalgamas.

Te ciñó la edad media su aureola;
y luego en Nueva York, si la española
capa fué frac, la espada fué pistola.

Tu descripción maravillosa externa
a la compleja sociedad moderna,
su fugaz sensación haciendo eterna;

verso contemporáneo que la toma
y la fija en el vaso del idioma,
como guarda un perfume una redoma;

y después con cruel subjetivismo,
cuando te haces la autopsia de ti mismo,
nos enseñas el alma del abismo.

Leyendo en los "Nocturnos" tus desvelos,
nuestros nietos sabrán de los anhelos
complejos que tuvieron sus abuelos.

Se quedan tu dolor y tus antojos,
como las ondas de tu sangre, rojos,
en la cámara obscura de tus ojos.

Estados de conciencia das tan vivos
que dañan nuestros centros sensitivos
y nos dejan enfermos y cautivos.

Leyendo de tu pena y tu deseo,
te siento retorcerte, Prometeo,
y por más no angustiarme, más no leo.

Es tu visión enorme de poeta
y pintor, que ha fijado en su paleta
los rayos de la luz ultravioleta.

Tu evocación maravillosa es tanta
que al pasado sepulto, si lo canta,
le dice como a Lázaro: —Levanta.

Igual que para ti, su cara llena
mi reloj muestra, al anotar mi pena;
mas no puedo pararlo: siempre suena. (1)

Y a la dama gentil que, ante el derroche
de aquella joyería, paró el coche...
yo la vi en Nueva York la misma noche. (2)

Dudo ante tus visiones del pasado
de si yo canto lo que tú has mirado
o si tú has visto lo que yo he cantado.

III

Señor, tengo en las manos el sombrero.
Eres Alteza Real de la palabra;
y en ese Reino que tu verso labra,
he venido a que me armes caballero...

Rafael AREVALO MARTINEZ

(1)—Nocturno Nº 1.
(2)—Musa Callejera.

Guatemala, 1909

Espaldarazo

A Rafael Arévalo Martínez

Vela tus armas, joven. La vieja antorcha brilla
en este modernísimo altar de mi capilla.
Sobre alfombra de lauros doblarás la rodilla:

y cogerás el cirio de las exaltaciones,
y, cuando hayas rezado todas tus oraciones,
medirás con el metro de mi alma tus canciones.

Si, entonces, en ti encuentro fortaleza en el brazo,
en el pecho una rosa y en la frente un chispazo,
sellaré tus blasones con el espaldarazo.

Pero ay de ti si pones tus armas al obscuro
servicio del eterno rebaño de Epicuro,
si no saltas el foso, si no trepas el muro;

y vulgarmente sigues la pauta ya seguida
y de ajustarle tratas a tu Pegaso brida.
No hay que admitir los hechos: hay que hacer Arte y Vida.

Búrlate tú por dentro de la burla liviana:
aunque los perros gruñen, sigue la caravana.
Los que hoy te crucifican te endiosarán mañana...

Jamás guíes tu arado sobre reglas difuntas
con parejas de versos pesadas como yuntas...
Bebe el Arte, no en copas, sino en tus manos juntas.

¿Sabes tú por qué encierra calor, sangre y latido
mi verso? Es solamente porque nunca he mentido...
Yo sólo escribo un verso después que lo he vivido.

Y si vivo de fuerza, también sé de ternura.
Tal la Biblia: del fuerte va saliendo dulzura...
El arroyuelo blando brota en la peña dura.

Vive tu verso, vívelo en tu mundo interior;
que por fuera, entretanto, se escuchará el rumor
de tu abeja chupando las mieles de tu flor.
El Arte es todo vida, la Vida es toda amor...

José SANTOS CHOCANO

Guatemala, 1909.



LOS GRANDES POETAS HISPANOAMERICANOS

Visita Nocturna

Cuando la noche daba su negror más intenso
y la lluvia quería desplomar los tejados,
cuando a cada minuto veíanse incendiados
los cristales al paso de un relámpago inmenso,
una extraña visita me ha dejado suspenso.

—Traed vino caliente porque un buen peregrino
por la lluvia calado y al morir de fatiga,
ha llegado a mi casa y mi casa es amiga
de aquel a quien la noche sorprende en el camino.
—Gracias, el fuego basta, yo jamás bebo vino.

—Echad esos fogotes entre la chimenea,
atizad el brasero y haced la llamarada...
Y del ajuar de lino que blanqueó la colada
traedle ropa nueva, pues aquesta chorrea.
—Gracias, el fuego basta, mirad que ya se orea.

—¿No habláis? Parece, amigo, que de la misma murria
que me atosiga el alma sufrís... Llamad al paje
y este señor escuche la bizarra y salvaje
canción que endulza triste la voz de la bandurria.
—Gracias, el fuego sabe cantarme su canturria.

—¿Lleváis acaso adentro los cansancios del yermo?
Bien se nota... Mis criados, hacedle un lecho blando
donde repare fácil sus fuerzas dormitando
y olvide que está viejo, nostálgico y enfermo.
—Gracias, el fuego basta, yo a su calor me duermo.

¿Qué loco de obsesiones de la más ruda casta
la noche trajo a hacerme tan rara compañía?
Idos, mis criados, idos... Esperamos el día
tal como véis... Es tarde. La lámpara ya exhausta
se apaga y al viajero la lumbre sola basta.

Marcó el reloj la angustia del silencio morboso
que nos aniquilaba en los blandos sillones
y el tic tac de la péndula con sus vacilaciones
adelantaba un largo proceso doloroso.
Y el raro huésped dijo: —¡Me mata este reposo!

Pisó con giro rápido los zócalos, y luego,
hecho un ovillo, entróse dando un ligero grito,
como la salamandra fantástica del mito...
¡Señor! ¡Mis criados! ¡Pronto! Y el hombre con sosiego
desde las llamas dijo: —¡Gracias, me basta el fuego!

Luis TABLANCA

Nocturno

Una noche,
una noche toda llena de murmullos, de perfumes y de músicas de alas;
una noche
en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas,
a mi lado lentamente, contra mi ceñida toda, muda y pálida,
como si un presentimiento de amarguras infinitas
hasta el más secreto fondo de las fibras te agitara,
por la senda florecida que atraviesa la llanura
caminabas
y la luna llena
por los cielos azulosos, infinitos y profundos esparcía su luz blanca;
y tu sombra,
fina y lánguida,
y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectadas,
sobre las arenas tristes
de la senda se juntaban,
y eran una,
y eran una
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga,
y eran una sola sombra larga...

Esta noche
solo; el alma
llena de las infinitas amarguras y agonías de tu muerte,
separado de ti misma por el tiempo, por la tumba y la distancia,
por el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza,
mudo y solo
por la senda caminaba...
Y se oían los ladridos de los perros a la luna,
a la luna pálida,
y el chirrido
de las ranas...
Sentí frío. Era el frío que tenían en tu alcoba
tus mejillas y tus sienes y tus manos adoradas,
entre las blancuras níveas
de las mortuorias sábanas.
Era el frío del sepulcro, era el hielo de la muerte,
era el frío de la nada.
Y mi sombra,
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola,
iba sola por la estepa solitaria;
y tu sombra esbelta y ágil,
fina y lánguida,
como en esa noche tibia de la muerta primavera,
como en esa noche llena de murmullos, de perfumes, y de músicas de alas,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella,
se acercó y marchó con ella... ¡Oh las sombras enlazadas!
¡Oh las sombras de los cuerpos que se juntan con las sombras de las almas!
¡Oh las sombras que se buscan en las noches de tristezas y de lágrimas...!

José Asunción SILVA

Los Camellos

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon, silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico,
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra,
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra,
copiaron el desfile de la Melancolía.

Son hijos del desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
sopló cansancio eterno la boca de la esfinge.

Dijeron las pirámides que el viejo sol rescalda:
"amamos la fatiga con inquietud secreta..."
y vieron desde entonces correr sobre su espalda,
tallada en carne viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre
la, sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...,
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
que amáis pulir el dáctilo al son de las cadenas;
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

¡Oh artistas! ¡Oh camellos de la llanura vasta
que vais llevando a cuestas el sacro monolito!
¡Tristes de esfinge! ¡Novios de la palmera casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana
dejándome —camello que cabalgó el Excidio...—
¡cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas grises de lóbrego fastidio!

¡No! Buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mistica dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente.

Y si a mi lado cruza la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre
mirando, silencioso, dos fuentes de zafiro...

Guillermo VALENCIA

Llegó el Instante de las Profecías

Llegó el instante de las profecias!...
Despierta, Jeremias!
Sal del santuario biblico, Ezequiel!
Haz que tiemblen tus cuerdas, Isaías!
Israel, Israel,
llegó el instante de las profecias!...

Llegó el instante! Y, pálido, el poeta
canta —¡canto de Dios!— lo que está escrito.
Pueblos, temblad! De vuestra angustia el grito
eco será del treno del Profeta:
que ojo de Vate es sonda de Infinito!

Temblad, sueltos rebaños!
Ya el lobo de los impetus huraños
tiñó su belfo en sangre de pastor.
Tiemblen vuestras lujurias salomónicas,
pueblos dormidos, hijos del Señor!
Ya está roja en las fraguas babilónicas
la argolla de Nabucodonosor!

Llegó el instante de la profecia!...
La tierra tiembla. Está la noche fria.
Bajo la nube mueren las estrellas...
Ya en el templo sin fieles no extasia
el armonio coral de las doncellas...
Llegó el instante de la profecía!...

Oh, sangre de mi sangre, Raza mia!...
Porque al Señor tu Dios dejaste, El
te ha dejado también en tu latria.
Israel, Israel,
llegó el instante de la profecia!...

Raza mia! Te veo
en el mercado infamador, trofeo
de ojos que pasan sobre ti, sensuales,
macerando tus rosas virginales
en la humedad hirviente del deseo.

Tus rebeldías caen —tal en la era
un deshojar de pétalos de flores—;
y se ve, como lágrima postrera,
la fuga de tus últimos pudores
en la curva temblar de tu cadera.

Y es porque habéis idolatrado! Y entre
las hambres de Moloch, vuestro decoro
echásteis, como leños, en el vientre
que honras devuelve en vómitos de oro.
Y por el oro moriréis! El lloro
no lavará las pústulas del oro.
Y en vuestro labio enjuto
la sed habréis. La glutinante fragua
de vuestra lengua implorará sin fruto
la bondadosa caridad del agua.

Oh, Raza idolatrada!... Un Dios Propicio
la sangre bebe en ti del sacrificio!

Y porque idolatraste, el que en ti fie
será protervo para siempre! Implora,
que hay quien, tu voz al escuchar, se engríe.
Si amor, el dios abandonado, llora,
la voz del Odio en los abismos rie.

Pueblo sin Dios, tu báculo es guadaña;
tu agua lustral es sangre; tu Custodio,
Rencor. Viste al hermano, ardió tu saña,
sangraron tus pupilas, y en la entraña,
le hundiste el hierro, ante el altar del Odio.

Y entre el canto de lívidos creyentes
—rugir de tigres o rumor de gentes—,
torvo, anhelante, y pálido y exhausto,
fuiste a ese altar —¡puñal entre los dientes!—
con la entraña fraterna en holocausto.

Y porque al Odio sigues, los vestiglos
te echan en sus lomos, y los Seres
del mal te morderán el vientre! Ya eres
maldito, por los siglos de los siglos!...

Y porque ha muerto el Ideal, la Raza
perecerá también! Humo de grasa,
como un incienso, al Idolo se va.
Perecerá la Raza!
Perecerá...

Han cortado las barbas del Patriarca!
Barca de mercaderes es la barca!
Perecerá, Señor, perecerá!...

Perecerá! No sabe
ni en dónde está la llave
del ancestral Santuario!
No sabe dónde está!...
Ya rechina la herrumbre del osario.
Perecerá, Señor, perecerá!...

La mácula se ensancha!
Sangre de puercos mancha
el ara de Jehová!
Sangre de puercos vuestros lienzos mancha.
Perecerá, Señor, perecerá!...

Que este pueblo de ególatras no sienta
en él la vida de la especie!... Ignora
que en gotas de rocío el mar alienta;
que en la perla que cálice decora
germina fragmentada la tormenta.

Esa Raza no sabe
que el trueno se hace con arrullos de ave.

Ese arenal no sabe que pudiera
surcar con alas de esplendor la Esfera,
y en vez del grano que la espuma toca
ser Sol de sangre o Luna de alabastro!
No sabe que en la arena está la roca,
y en la roca está el astro.
Son pueblos como Górgonas en lidia,
del hilo patriarcal desengarzados;
pueblos sin redención, pulverizados
en las trituraciones de la envidia.

Perecerá, Señor, perecerá!...

Porque la arena es débil y está sola;
porque se acerca ya
la perfidia capciosa de la ola,
perecerá!...
Porque la roca escueta
que resiste los ímpetus de Noto
a otros ímpetus no resistirá;
porque ya en las entrañas del Planeta
se presiente el crugir del terremoto,
perecerá, Señor, perecerá!...

Porque la arena en roca
nunca se tornará!
porque, aun la peña, cuando tiembla, es poca.
perecerá, Señor, perecerá!...

Pero, por qué, Señor?... Quizá en la noche,
oculto, un rayo de la luz dormite!
Tal vez haya algún "Lázaro, levántate!"
que al pueblo resucite!

Fuera dable a mi sér, de aliento pleno,
trocar la noche en día!...
Como una hoz en rosas de veneno,
poder segar con luz la profecía,
y entre mis labios sepultar el treno!...

Pueblos, cachorros del cubil ibero,
queréis que el amo el esquilón os ponga?...
Raza del trovador y el caballero,
si habéis sido león en Covadonga,
por qué venís al Ande a ser cordero?

Pueblos, qué se hizo el indio de las plumas
heroicas e indómitas?... Las razas
hermanas de los cóndores y pumas?...
Dónde está el Cuauhtemoc de las cien vidas,
que reclinaba su silencio en brasas
como en lecho de rosas encendidas?...

Dónde está ese indio del tormento mudo?
Dónde está ese vigor que reverencio?
Que ni la llama del brasero pudo
el cerrojo fundir de su silencio?...

Por qué tornas sumisa la esmeralda
de tus ojos, Jaguar? A qué el regalo
de cuello uncido y de curvada espalda?
Desgarra las vergüenzas de tu falda,
y límpiate el carmín, Sardanapalo!

Pero no! Que la yáciga está impura!
Hay cien Dalilas de mirada oscura,
y están cerca las torres de Dagón.

....

Ya ha triunfado el impúdico himeneo!
Ya le sirven de alfombra al filisteo
los cortados cabellos de Sansón!

Santiago ARGÜELLO

Nuestro Boletín en el Exterior

Santiago, 8 de marzo de 1935.

Señor don Rafael Arévalo Martínez,

Director de la Biblioteca Nacional.
Guatemala.

Señor Director:

Durante el último tiempo he tenido el gusto de recibir regularmente los diferentes números del «Boletín de la Biblioteca Nacional de Guatemala», los cuales no sólo vienen con una lista de las diversas obras que la constituyen, sino que también trae un material de lectura selecto que deleita.

He tenido la precaución de proporcionar estos diferentes números a personas intelectuales de este país, para que se percaten que un simple Boletín de esa naturaleza, tiene un merecido valor por los diferentes trozos de lectura que le dan un singular colorido.

Me alegro infinitamente que un órgano de esa índole, esté revestido de tan amena lectura, y al agradecer a usted el envío del referido Boletín, me permito felicitarlo porque realmente interesa poseerlo.

Soy de usted con toda consideración y respeto, atento y seguro servidor,

Dr. M. A. Herrera V.,
Cónsul General de Guatemala.
Casilla 2619. Santiago
Chile.





COMISION TECNICA BIBLIOGRAFICA DE GUATEMALA

PRESIDENTE:

RAFAEL AREVALO MARTINEZ

SECRETARIO:

FRANCISCO FERNANDEZ HALL

MIEMBROS:

VICTOR MIGUEL DIAZ
GILBERTO VALENZUELA
LIC. J. ANTONIO VILLACORTA C.




TIPOGRAFIA NACIONAL
AD AVGVSTA
PER ANGVSTA
GUATEMALA